

Romain Rolland y Stefan Zweig: la conciencia trágica de la Europa de entreguerras

Políticas de la Memoria se complace en presentar a continuación la primera entrega de una sección que desde ahora ocupará un lugar fijo en sus páginas, dedicada a artículos y ensayos sobre historia intelectual europea. No es que esa cantera haya estado con anterioridad ausente en la revista. Tampoco, que lo haya estado en otros varios emprendimientos de miembros del Colectivo Editor. En particular, en publicaciones anteriores como **Praxis**, **El Cielo por Asalto** y **El Rodaballo**, Horacio Tarcus ha persistido en iniciativas que han procurado poner al alcance del público lector argentino materiales que hacen a la multidiversa historia de las ideas y los intelectuales del viejo continente. Lo que sencillamente buscamos aquí, al colocarle nombre propio a ese empeño, es, de un lado, darle mayor visibilidad; y, de otro, colaborar mínimamente en el desarrollo del campo consagrado en nuestro medio a la historia intelectual europea, e incentivar a los investigadores a adentrarse en él y ofrecer sus contribuciones.

Se trata de una empresa que no necesita mayor justificación, desde que la cultura argentina y latinoamericana se ha nutrido secularmente de los desarrollos intelectuales europeos, en procesos de recepción, adaptación y recreación de ideas que han tenido allí su foco de origen. Y sin embargo, entre nosotros son muy reducidos los espacios dedicados a escudriñar desde ese punto de vista la historia de Europa. Precisamente, esta sección quiere además, desde su propio nombre, homenajear los ingentes y sostenidos esfuerzos del más refinado cultor argentino de la historia intelectual europea. Con escasos recursos y limitado apoyo institucional, José Szabón desarrolló quijotesicamente durante décadas una insigne labor en docencia e investigación dentro de ese campo, produciendo desde esta esquina marginal del espacio mundial de las humanidades una serie de ensayos que no tiene nada que envidiarle a las producciones de los más renombrados exponentes del área en los principales centros académicos. Su propia biblioteca, que contiene piezas de singular valor –y que puede ser provechosamente consultada en el CeDInCI, tras la generosa donación que hiciera de ella su familia luego de su fallecimiento–, es un rico muestrario de la impenitente curiosidad que Szabón supo exhibir en la materia.



En esta oportunidad, integran la sección artículos dedicados a facetas y momentos de los itinerarios de dos de los más importantes intelectuales y escritores europeos del período de entreguerras: Romain Rolland (1866-1944) y Stefan Zweig (1881-1942). Dos figuras que, además, legaron preciosos testimonios, en sus escritos y en su praxis intelectual, de la crisis civilizatoria mayúscula que supusieron en el siglo XX las guerras mundiales y el advenimiento de los fascismos. Ambas figuras, también, supieron ser muy populares en Argentina y América Latina. Pero han sido escasos entre nosotros los esfuerzos por adentrarse en sus singulares trayectos vitales. En esta entrega ofrecemos, en primer lugar, un capítulo de una de las más completas biografías intelectuales de Rolland, a cargo de David James Fisher (**Romain Rolland and the politics of intellectual engagement**, Berkeley, University of California Press, 1988). Admirado por su inquebrantable labor antibélica en tiempos en los que la euforia guerrera y nacionalista había embargado a las mentes más lúcidas de Europa, Rolland fue objeto de numerosas biografías y textos sobre su persona (entre las que se cuenta una hecha por el propio Zweig). En ese contexto, la de Fisher se destaca por su trabajo erudito en una gran cantidad de fuentes y documentos. Ofrecemos aquí el capítulo que intersecta a Rolland a la salida de la Primera Guerra Mundial, cuando ensaya iniciativas tendientes a la agrupación internacional de intelectuales con el fin de evitar nuevas conflagraciones. Seguidamente, ofrecemos un ensayo del brasileño Afrânio Garcia sobre el último período de vida de Stefan Zweig: el que lo encuentra a un tiempo, paradójicamente, celebrando las potencialidades del Brasil, tierra de acogida en el exilio, y enfrascado en un clima interior de creciente pesadumbre por el avance nazi sobre el mundo (clima desde el que escribirá su maravillosa autobiografía **El Mundo de Ayer**), en una pendiente que lo precipitará al suicidio en 1942.

David James Fisher ejerce actualmente como psicoanalista, disciplina desde la que ha reorientado sus intereses iniciales en historia intelectual. Es autor de **Cultural Theory and Psychoanalytic Tradition** y de un libro consagrado a Bruno Bettelheim, uno de los más célebres psicoanalistas norteamericanos del siglo XX (**Bettelheim: Living and Dying**). Afrânio Garcia es profesor de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París y se especializa en sociología de la circulación internacional de las ideas.

La Internacional de los Intelectuales

David James Fisher

En una palabra —que debe ser nuestra palabra de honor— somos *buenos europeos*, los herederos de Europa, los ricos y colmados, pero también sobreabundantemente obligados herederos de milenios del espíritu europeo.

Friedrich Nietzsche, **La Gaya Ciencia**

El dilema de Romain Rolland en la inmediata posguerra residía en descubrir un medio de lucha contra futuras guerras que mantuviera intacta su concepción decimonónica de la responsabilidad del intelectual. Su compromiso durante la Gran Guerra lo salvó de verse devorado por las ideologías o movimientos de masas de la posguerra. Desde 1919, y luego ya en los años 1920, procuró rescatar un rol útil para el compromiso del escritor europeo.

Como Freud, Rolland emergió de la Primera Guerra Mundial con un sentido de la muerte trágico y alterado.¹ Su experiencia como escritor antibelicista reforzó su rechazo al cinismo, la violencia y la *realpolitik* que veía en la situación de posguerra. Y para prevenir nuevas guerras, urgió a los europeos a trabajar activamente por la paz. Esa tarea gustaba colocarla bajo la admonición de Spinoza: «la Paz no es mera ausencia de guerra, sino que es una virtud que surge de la fuerza de carácter».² Así, Rolland buscó restaurar un sentido de compañerismo, comprensión mutua, tolerancia y autenticidad a la elite intelectual de Europa y del mundo. Y dirigió su acción a los *litterati* y a los jóvenes del frente cultural.

La noción de una Internacional de la Mente surgió originalmente como un antídoto contra todas aquellas dimensiones retrógradas adjudicadas a la guerra: el nacionalismo, el militarismo, el clima de consenso acrítico, el delirio de masas y el frenesí destructivo.³ Con la prolongación de las hostilidades, Romain Rolland temió que el tejido fundamental e incluso la existencia misma de

la cultura europea estuvieran en peligro. Impulsado por ese temor, a comienzos de 1919 comenzó a actuar en función de su sueño de una internacional de los intelectuales. Esa tarea la empezó sin tener un sentido práctico o administrativo, y sin gozar de los recursos económicos y humanos existentes en otras instituciones. Así, la iniciativa fue en rigor un emprendimiento personal, caro y absorbente en términos de tiempo, dinero y energía.

La internacional de los intelectuales debía ser una asociación voluntaria de artistas, científicos y pensadores, organizados en torno a principios universales, supranacionales, progresistas y humanistas. En la visión de Rolland, la *intelligentsia* así reunida debía ser independiente de instituciones nacionales o académicas, la Sociedad de las Naciones, la Internacional Socialista, o la Internacional Comunista creada en marzo de 1919. En su perspectiva, en situaciones de crisis el pensamiento libre podía ofrecer puntos de vista inconformistas y disidentes.

Rolland propuso que la internacional de los intelectuales auspiciara congresos regulares y conferencias capaces de estimular el diálogo entre letrados. Esos eventos, junto a una universidad internacional, crearían redes de organizaciones educativas y de estudiantes. Todo ello estaría ligado a una casa editorial y a la publicación de un diario, un boletín, y una revista multilingüe que combinara literatura, biografías, ciencia y saberes eruditos. Los europeos ampliarían su conocimiento de otras culturas a través de excelentes traducciones de clásicos no europeos y a través de la proliferación de biografías populares de figuras culturales seminales.⁴ El proyecto de Rolland apuntaba directamente al nacionalismo y al etnocentrismo promovidos por la ignorancia, los caracteres nacionales estereotipados y la xenofobia. La guerra había exacerbado esas formas primitivas de pensamiento. Tanto

¹ Sigmund Freud, «Thoughts for the Times on War and Death» [1915], en **The Complete Psychological Works of Sigmund Freud**, Standard Ed., traducción de James Strachey, vol. 14, pp. 274-302.

² Baruch de Spinoza, **A Political Treatise**, en **The Chief Works of Benedict de Spinoza**, traducción de R. H. M. Elwes, Londres, 1883, p. 314.

³ Romain Rolland, «Pour l'Internationale de l'esprit» [1918], luego en **L'Esprit libre**, Ginebra, 1971, pp. 322-331; para otras perspectivas sobre la postura pacifista de Rolland, véase David James Fisher, «Pacifism and the Intellectual: The Case of Romain Rolland», en **Peace and Change**, 7, no. 1-2, invierno de 1981; René Cheval, **Romain Rolland, l'Allemagne et la guerre**, París, 1963, pp. 681-699; William T. Starr, **Romain Rolland and a World at War**, Evanston, Illinois, 1956, pp. 162-169, 173-174 y 207-208.

⁴ Cartas de Romain Rolland a Maxim Gorki, 18 de marzo de 1917 y 27 de marzo de 1919, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; **Journal des années de guerre**, París, 1952, p. 1052; Jean Perus, **Romain Rolland et Maxim Gorki**, París, 1952, pp. 45-52.

la casa editorial como la universidad internacional, según creía, podrían desarrollar mejor sus metas en Rusia, Asia o América – en cualquier sitio antes que en París.⁵ El escritor francés veía asociada la internacional de intelectuales a la diseminación del esperanto, la lengua internacional por la que abogaba.⁶ Además, tenía en mente empresas colectivas monumentales, como una Enciclopedia del Siglo Veinte.⁷

Si la idea de Romain Rolland de preservar y reinventar la cultura elevada era elitista, ese elitismo se veía atenuado por su propuesta de que los escritores debían mediar entre la cultura alta y la popular. Los productos culturales debían ser inmediatamente accesibles a las masas y no restringidos a grupos particulares. La internacional de los intelectuales tenía que ser apolítica en su organización e ideología. No debía estar vinculada ni a partidos políticos, grupos, programas o estrategias electorales, ni a movimientos de masas o visiones politizadas del mundo. Rolland insistía en que la organización debía ser plural y hasta ecléctica, en su horizonte general de búsqueda de una nueva política de la verdad, la paz mundial y el diálogo intercultural. Su internacionalismo era congruente con un individualismo intransigente y una forma sentimental de socialismo. Para Rolland, el rol de los intelectuales consistía en sintetizar y unificar, en construir puentes entre los pueblos.⁸

Romain Rolland reaccionó de modo ambivalente frente a la Revolución Rusa. Ella lo condujo a reflexionar sobre el fenómeno de la revolución social moderna y a reevaluar sus prioridades culturales más asentadas. Él fue uno de los primeros escritores occidentales que se mostró receptivo en referencia a los desarrollos en la Unión Soviética, pero cierta incomodidad presidió su trayectoria como compañero de ruta intelectual. Durante el período de entreguerras, no sin desgarras reconsideró su postura pro-soviética.

La enigmática posición de Romain Rolland sobre la Revolución Bolchevique surgía de fuentes fragmentarias y a veces contradictorias. Las noticias arribaban siempre filtradas por los puntos de vista de los *reporters*. Mucha de la información le había llegado a través de informes escritos y de la discusión con intelectuales rusos que habían pasado la guerra en Suiza. Los más importante de ellos eran Anatoli Lunacharsky, que se convertiría en el ministro de educación; Nicholas Rubakin, un filólogo e intelectual de gran erudición, simpatizante de Kerensky; y Paul Birukof, un

tolstoiano.⁹ De las discrepancias respecto a la revolución de estos intelectuales derivaban algunas de las perplejidades y confusiones de Rolland. Además, estuvo en estrecho contacto con Henri Guilbeaux, editor de la revista **Demain** e intermediario entre la izquierda europea de Zimmerwald –opuesta a la guerra– y los bolcheviques.¹⁰ Muchos de los primeros visitantes a la URSS (Alfred Rosmer, Jacques Mesnil, Victor Henry) se entrevistaron con Rolland en Suiza y compartieron con él sus impresiones desde los primeros días de la revolución.¹¹

Ni partidario entusiasta ni oponente inflexible, Rolland en cambio asumió el rol de simpatizante de la Revolución Rusa sin por ello declinar su espíritu crítico. Sin enrolarse en el Partido Comunista o en sus organizaciones internacionales, sostuvo una posición de solidaridad internacional con los sucesos rusos y celebró algunos de sus logros. Su postura era la de alguien que podía mostrar empatía con la Revolución Rusa sin ser un bolchevique y sin abandonar una perspectiva crítica. Y en toda su carrera como intelectual comprometido, sus escritos sobre la Unión Soviética mantuvieron un estilo personal e impresionista.

Rolland hizo hincapié en aquello que resultaba universal y liberador del proceso ruso. En sus optimistas reportes dirigidos fundamentalmente a una audiencia francesa y europea, tempranamente pronosticó que la Revolución Rusa podía desafiar los *impasses* de la política en Occidente así como sus obsoletas estructuras sociales. La revolución podía convertirse en una vía alternativa a la decadencia. Podía asimismo liberar a los seres humanos de la idea fútil de que la historia no podía ser entendida ni hecha. Pero, de otro lado, le señaló a los bolcheviques la necesidad de evitar las distorsiones, el aislamiento y la arrogancia de sus predecesores franceses del siglo XVIII. Específicamente, aconsejó a los revolucionarios rusos y a sus seguidores europeos no incurrir en la violencia gratuita y el faccionalismo interno. La misión soviética trascendía las fronteras rusas: debía ser la de traer la paz mundial, la libertad, la fraternidad, y con ellas una acrecentada conciencia acerca de las posibilidades históricas de liberación. «Dejen que su Revolución sea aquella de la humanidad grande, saludable y fraternal, evitando los excesos en los que hemos caído».¹²

Escribir historia contemporánea era un riesgo asumido; aconsejar a los revolucionarios acerca de la revolución no lo era menos. Su defensa crítica del proceso ruso lo dejó a merced de ataques de comunistas, de centristas y de la derecha. En los escritos de Rolland había además una preocupación por la cuestión de la

⁵ Carta de Romain Rolland a Rabindranath Tagore, 26 de agosto de 1919, en **Rabindranath Tagore et Romain Rolland. Lettres et autres écrits**, París, 1961, pp. 27-28; **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1272-1273; carta de Rolland a Paul Vaillant-Couturier, 30 de marzo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1777.

⁶ Romain Rolland, «Romain Rolland et l'Espéranto», **La Vie ouvrière**, 6 de agosto de 1919; Romain Rolland, «L'Opinion de Romain Rolland sur l'Espéranto», **La Vie ouvrière**, 23 de abril de 1920.

⁷ Carta de Romain Rolland a Upton Sinclair, 22 de agosto de 1919, Archivo Upton Sinclair, Lilly Library, Indiana University, Estados Unidos.

⁸ Romain Rolland, «Pour bâtir la cité libre de l'esprit», 1 de noviembre de 1918, luego en **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1637.

⁹ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 242, 699 y 1113.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 1129-1131, 558, 644-45; acerca de la actitud de Henri Guilbeaux hacia Romain Rolland, véase su «L'Age nouveau et les intellectuels», **Demain**, agosto-septiembre de 1918, p. 198; sobre Guilbeaux, véase Alfred Senn, **The Russian Revolution in Switzerland** (Madison, Wisconsin, 1971), pp. 37, 141, 162, 174, 180, 213 y 227-228.

¹¹ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», **Europe**, noviembre-diciembre de 1965, pp. 201-204 y 207; y **Journal intime**, carnet 32, mayo-julio de 1920, pp. 28-56-57, 74, 183 (en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale).

¹² Romain Rolland, «A la Russie libre et libératrice» [1 de mayo de 1917], en **L'Esprit libre**, Ginebra, 1971 (publicado primeramente en **Demain**, 1 de mayo de 1917, y luego reimpresso en **Le Populaire**, 22 de julio de 1919).

recepción de la Revolución Soviética, por precisar el espíritu adecuado con el que debían leerse las informaciones que arribaban relativas a su desarrollo. Así, exhortó a su audiencia a ver los sucesos sociales rusos con una actitud abierta y no partidaria, y a dejar de lado las nociones denigratorias que circulaban acerca de los comunistas insurrectos. Rolland desconfiaba de las interpretaciones demagógicas, emocionales y mal informadas de los hechos rusos, así como de aquellas provenientes de la derecha europea y los círculos de clase media, incluida la prensa, que fomentaban la histeria anticomunista. Al mismo tiempo, insistía en hacer distinciones entre los varios grupos y partidos de la izquierda.¹³ A lo largo de los años de entreguerras, nunca asumió una posición unívocamente antisoviética aunque buscó diferenciarse cuidadosamente de aquellos que, difamando sin matices a la Unión Soviética, servían invariablemente a intereses reaccionarios.

Rolland cayó en la cuenta de que la Unión Soviética estaba rodeada de enemigos hostiles y necesitaba defensores de prestigio, individuos de conciencia, que fueran claramente no bolcheviques. En octubre de 1919, auspició una obra dramática de propaganda humanitaria titulada «For Our Russian Brothers: Against the Starvation Blockade». Rolland vinculó la mentalidad belicista proveniente de la guerra a la política contrarrevolucionaria, y denunció enconadamente la invasión aliada al territorio ruso. La cruzada de las democracias burguesas de América y Europa contra los soviéticos era un «crimen horroroso». Sobre todo, esa invasión revelaba los intereses de clase de los opositores a la revolución. La Revolución Rusa pertenecía al tipo de «grandiosas y caóticas aventuras de renovación del viejo y corrompido orden».¹⁴ Él la representaba como un símbolo de las potencialidades humanas, una expresión de las inextinguibles posibilidades de liberación.

Frente a la postura de los críticos que equiparaban a la Unión Soviética a un anarquismo sangriento, Rolland replicaba que era prematuro discutir los resultados de un experimento social recién iniciado. Ningún europeo podría desestimar la Revolución Rusa por su carácter destructivo en vistas del funesto *record* que en esa materia había mostrado Europa en cuatro años y medio de guerra total: de veinte a treinta millones de personas asesinadas o mutiladas, colapso económico, tierra e industria devastadas. En cambio, la Revolución Rusa había surgido de la debacle de la guerra, postulándose como un correctivo del imperio y del militarismo, y prometiendo una era de vasto planeamiento agrícola e industrial. «El bolchevismo no es desorganizado; ha intentado organizar el caos y el desorden; ha intentado proveer nuevas fórmulas sociales en medio de la ruina material y moral de Europa».¹⁵

A pesar de lo mucho que Rolland alabó a la Revolución Rusa, declinó aceptar la exportación mecánica a Occidente del liderazgo bolchevique, así como su disciplina partidaria, su agitación política o sus análisis sociales. Respecto a los líderes bolcheviques y la ideología marxista-leninista mantuvo una actitud ambivalente, aunque en general negativa. Los revolucionarios rusos diferían de los socialistas humanistas y democráticos que admiraba. Rolland juzgaba a Lenin y a Trotsky como líderes honestos, tenaces y fieles, y nunca dudó que fueran personas de altos principios. Ambos estaban motivados por ideales de un orden social justo. Ambos tenían ideas bien articuladas en torno al internacionalismo, y habían vivido en el extranjero. Aun así, percibía en ambos una inusual vocación por las acciones y los discursos violentos. Eran portadores de un carácter fanático y despótico; actuaban fuera de la conveniencia política; y continuamente exhibían rasgos de autoritarismo personal e intransigencia doctrinaria. En la mirada de Rolland ni la conciencia ni la lucha de clases darían nacimiento a un mundo pacífico. Le resultaba preocupante que los bolcheviques quisieran «revolucionar el mundo», que recurrieran a la violencia para conseguir sus objetivos. Y sus impresiones iniciales del marxismo-leninismo fueron igualmente negativas. Para Rolland, el leninismo era una vulgarización del socialismo, una ideología amoral que sistemáticamente dejaba de lado los componentes espirituales y psicológicos del comportamiento humano. Sus leyes de hierro del desarrollo económico provenían de una visión estrecha de las relaciones productivas y de la economía política. Su visión de los procesos históricos le parecía determinista y reduccionista. El leninismo además justificaba cínicamente la dictadura de clase provisional para justificar nuevas formas de tiranía.¹⁶

Y, sobre todo, a Rolland le disgustaban las ideas bolcheviques de una dictadura de una minoría, la centralización, el secreto y la regimentación de la vida intelectual y artística. A su parecer, el leninismo lo politizaba todo en demasía, era dogmático, intolerante con perspectivas políticas opuestas, y ciego a la intuición y otros métodos críticos de análisis. Los leninistas, según había aprendido a través de su amistad con Gorky, sospechaban de los intelectuales, si es que no eran sencillamente antiintelectualistas. El partido de vanguardia no toleraba otros movimientos vanguardistas. Lenin, al querer transformar la guerra mundial en enfrentamiento revolucionario de clases, había despreciado todas las posturas antibélicas surgidas durante la contienda por ser ellas ingenuas, peligrosas, «bacterias» pequeñoburguesas.¹⁷ A pesar de sus logros revolucionarios, Rolland nunca justificaría la centralización bolchevique de la opinión, ni las reducciones de las libertades individuales y democráticas. Tampoco consintió límite alguno surgido desde arriba sobre opositores políticos, sindicatos, artistas o pensadores. Estos grupos tenían que manejar sus asuntos sin hostigamientos ni llamados a la disciplina partidaria.¹⁸

¹³ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1227-1228, 1366, 1426, 1537, 1547-1548 y 1577; carta de Rolland a Jean-Richard Bloch, 24 de octubre de 1918, en *Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)*, París, 1964, pp. 375-380; carta de Rolland a Monsieur B., *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1700.

¹⁴ Romain Rolland, «Pour nos frères de Russie. Contre le blocas affameur» [23 de octubre de 1919], *Quinze Ans de Combat*, París, 1935, pp. 31-32, publicado originalmente en *L'Humanité*, 26 de octubre de 1919.

¹⁵ Romain Rolland, artículo sin título, *La Vie ouvrière*, 22 de octubre de 1919.

¹⁶ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1700-915, 1010, 1131, 1139, 1167-1168, 1183, 1365 y 1784.

¹⁷ La visión del imperialismo de Lenin puede verse en su *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*; para su posición sobre el pacifismo, véase «Bourgeois Pacifism and Socialist Pacifism» [1917], en *Collected Works*, vol. 23, Moscú, 1964, pp. 177-194.

¹⁸ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1342, 1366, 1367, 1426-1427, 1537, 1547-48 y 1517.



La idea de una internacional de los intelectuales de Romain Rolland en 1919, en suma, se oponía diametralmente a la Internacional Comunista de Lenin. Aun así, el escritor francés valoró la grandeza del experimento soviético desde sus comienzos. Los bolcheviques mostraban poder organizacional, y estaban iniciando valiosos esfuerzos en materia económica, científica, educacional y cultural. Además, en su colosal proyecto de reconstrucción social debían enfrentarse con obstáculos internos y externos, que incluían la hostilidad hacia sus conquistas de los países burgueses del mundo.¹⁹

El fin de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Rusa incentivaron tentativas revolucionarias en los países centroeuropeos. Y la represión a la que fueron sometidas causó un profundo impacto en Romain Rolland.²⁰ Un texto sobre la revuelta espartaquista sintetiza sus puntos de vista sobre esos abortados ensayos. «Enero sangriento en Berlín», tal su título, narra e interpreta los hechos de ese alzamiento desde el 5 al 11 de enero de 1919, y su culminación en el doble asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg el día 15 de ese mes. Una vez más Alemania mostraba su culto por la fuerza desnuda, la embriaguez de sus clases dirigentes, y el servilismo de su gente.²¹

Rolland defendió a los socialistas revolucionarios contra la salvaje represión. Escribía como un intelectual independiente interesado en la verdad histórica y contrariado por la monstruosidad de los asesinatos. Presentía que la supresión del levantamiento tendría consecuencias calamitosas no sólo para la causa de la revolución alemana, sino también para la de la paz mundial. Y se encargó de señalarlo enfáticamente en función de alentar a las corrientes de opinión progresistas francesas –sobre todo la de orientación socialista– acerca de los peligros políticos y morales de la situación.²²

Rolland veía a Liebknecht y Luxemburg como los exponentes por excelencia de un sincero socialismo democrático marxista y revolucionario. Eran pensadores de estatura, y sobre todo activistas que habían condenado la Gran Guerra y trabajado por la reconciliación franco-alemana, empezando por la promoción de contactos fraternales entre las clases obreras de ambos países. Advirtió el contraste entre la desinteresada calidad de su compromiso con los trabajadores y, al mismo tiempo, el aplastamiento implacable de su propio movimiento.²³

¹⁹ *Ibidem.*, pp. 1700, 1782 y 1784; carta de Rolland a Bloch, 24 de octubre de 1918, en **Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)**, *op. cit.*, pp. 375-380.

²⁰ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, pp. 152, 766, 802, 1205, 1343, 1524, 1661-1662; carta de Rolland a Jean Longuet, 22 de agosto de 1918, en **Un Beau Visage à tous sens. Choix de lettres de Romain Rolland (1886-1944)**, París, 196, pp. 158-159; carta de Rolland a Bloch, 24 de noviembre de 1918, en **Deux Hommes se rencontrent. Correspondance entre Jean-Richard Bloch et Romain Rolland (1910-1918)**, *op. cit.*, p. 380. Véase además Peter Nettel, **Rosa Luxemburg**, Oxford, 1969, pp. 486-489.

²¹ Romain Rolland, «Janvier sanglant à Berlin», en **Quinze Ans de Combat**, *op. cit.*, pp. 11-30, primero publicado en **L'Humanité**, 16 a 18 de febrero de 1919. Véase además Romain Rolland, «Sur un martyr», **L'Avenir international**, n.º 13, enero de 1919, pp. 36-39; **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1704.

²² Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1704.

²³ Romain Rolland, «Janvier sanglant à Berlin», *op. cit.*, pp. 27-29.

Esta sangrienta represión clarificaba la profundidad de la reacción conservadora y militarista en Alemania, caracterizada por la furia nacionalista, el revanchismo contra Francia, y la figura ficcional de la puñalada en la espalda. El establecimiento de la República de Weimar no había cambiado sustancialmente al pueblo alemán. Los capitalistas, junto a la prensa burguesa, enfrentaban el levantamiento espartaquista defendiendo sus intereses de clase. La revuelta espartaquista se transformó en una oportunidad para eliminar a los socialistas revolucionarios, retrasando «el progreso de la idea socialista».²⁴

Los socialdemócratas de derecha establecieron así un terrible precedente histórico, que buscaron legitimar en nombre de la democracia. La mayoría de los socialistas alemanes habían auspiciado la Unión Sagrada y permitido la guerra para domesticar y burocratizar la estructura del Partido Socialdemócrata (SPD). En 1919 los líderes del gobierno socialista no se comportaban en las crisis de modo diferente a los liberales o reaccionarios. Los socialistas alemanes no tenían escrúpulos en convocar a la armada imperial y a los Freikorps para aplastar por la fuerza a la revolución. Ni Scheidemann ni Ebert mostraron remordimiento por los hechos criminales: «Los fraticidas vencedores se regocijan sin vergüenza».²⁵

La clase obrera organizada, concluía Rolland, debería aprender del giro catastrófico de los eventos para unirse en torno a sus propios intereses. La revolución espontánea sólo facilitaba la represión policial. Más significativo, los movimientos de trabajadores tenían que estar en guardia contra las acciones traicioneras, divisivas y oportunistas de sus antiguos líderes. Los socialistas en el poder usarían los instrumentos de la violencia de estado contra la clase obrera organizada. «Era la primera vez que el Socialismo se encontraba del lado del poder y contra el proletariado».²⁶ Y predijo que no sería el último incidente de esa naturaleza.

Reaccionando contra el engaño y la decepción de socialistas por socialistas, Romain Rolland quiso mantener a distancia su internacional intelectual de la Internacional Socialista. Durante todo el período de entreguerras, mantuvo una escéptica e incluso desconfiada postura respecto de los políticos y partidos socialistas de Europa. Dentro del socialismo no defendía ni a los sectores de extrema izquierda, que creían que la revolución era inminente, ni a los del centro o la derecha reformista, legalista y pragmática. El socialismo de posguerra, incluido el francés, carecía de liderazgo, dirección ideológica, fe, y la capacidad de distinguirse a sí mismo del *establishment*.²⁷

La actitud de Rolland respecto a Woodrow Wilson varió de octubre de 1914 a la primavera de 1919. Primeramente, lo imaginó como un hombre moderado y desinteresado de buena voluntad. Lo cautivaba su lenguaje generoso e ilustrado. Pero las ilusiones de Rolland se vieron truncadas por la negativa de Wilson a intervenir en el fin de las hostilidades bélicas durante la guerra, y por

²⁴ *Ibidem.*, pp. 11, 12 y 15.

²⁵ *Ibidem.*, p. 27.

²⁶ *Ibidem.*, p. 30.

²⁷ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», *op. cit.*, pp. 181-182.

su incapacidad para imponerse como árbitro de una paz justa. Luego del armisticio, Wilson no frenó las ansias de revancha de los Aliados.²⁸ En el momento de la apertura de la Conferencia de Paz, el 18 de enero de 1919, Rolland creía que el presidente norteamericano era un fraude, y que el tratado en ciernes sentaría las bases de una futura guerra mundial.²⁹

Romain Rolland nunca aceptó la credibilidad de los ideólogos democráticos wilsonianos. El Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones representaron para él la apoteosis final del idealismo liberal, el colapso de las expectativas erigidas por la Ilustración y la Revolución Francesa. La traición de Wilson resultó especialmente dura porque abolló muchas de las grandes esperanzas de Rolland. Y se mantuvo crítico de los falsos profetas, desconfiando de los parlamentarios –incluyendo los radicales franceses, que abogaban por las banderas wilsonianas del internacionalismo legal y el humanitarismo democrático. Y así como su internacional de los intelectuales se concibió a distancia tanto de los Bolcheviques como del campo socialista, también rechazó cualquier lealtad oficial respecto del liberalismo de posguerra:

La abdicación moral del presidente Wilson, que ha abandonado sus propios principios sin tener la franqueza de admitirlo, señala la ruina de aquel idealismo de la gran burguesía que por un siglo y medio dio a la clase gobernante su prestigio y su fuerza, a pesar de sus muchos errores. Las consecuencias de este hecho son incalculables.³⁰

El grupo *Clarté* se inició en 1916-1917 a partir de cuatro jóvenes escritores y periodistas franceses: Henri Barbusse, Victor Cyril, Raymond Lefebvre y Paul Villant-Couturier. Barbusse y Lefebvre habían recibido inspiración de las posiciones antibélicas de Rolland, y simpatizaban con su postura de intelectual pacifista de izquierdas. Su concepción de *Clarté* coincidía con los principios de Rolland en favor de la independencia de los intelectuales y la regeneración de la vida cultural. Bajo su paraguas, *Clarté* buscó agrupar a veteranos de guerra, antimilitaristas, republicanos, radicales, protocomunistas, socialistas, pacifistas, académicos e incluso intelectuales nacionalistas.³¹

²⁸ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 66, 969, 1002, 1053-1054, 1368, 1431, 1537, 1654. Sobre las posiciones públicas de Rolland respecto a Wilson véase Romain Rolland, «Lettre ouverte au président Wilson» y «Une lettre de Romain Rolland à Jean Longuet», en *L'Esprit libre*, Ginebra, noviembre de 1918, pp. 332-333 y 334. Estas cartas fueron publicadas además en *Le Populaire*, París, 18 de noviembre y 4 de diciembre de 1918 respectivamente.

²⁹ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1661 y 1665; véanse también las pp. 1696-1697, 1738, 1776, 1799, 1822, 1828-1829 y 1832.

³⁰ Romain Rolland, «Une lettre de Romain Rolland à Jean Longuet», cit.; véase además *Quinze Ans de Combat*, op. cit., p. 186; *Journal Intime*, carnet 30, julio-octubre de 1919 (en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale). Rolland rechazó escribir un artículo para *L'Art Libre* sobre Wilson en 1924, por creer en la profunda insinceridad del ex-presidente y en los «fallos en su verdad interna»; véase la carta de Rolland a Paul Colin, 6 de febrero de 1924 (también en Archivo Romain Rolland).

³¹ Nicole Racine, «The *Clarté* Movement in France, 1919-1921», *Journal of Contemporary History*, 2, n° 2, abril de 1967; Annie Kriegel, «Naissance du mouvement *Clarté*», *Mouvement Social*, n° 42, enero-marzo de 1963.

En 1919, Rolland manifestó dudas profundas acerca de los reclutas del movimiento *Clarté*. Sus miembros carecían de autoridad literaria e intelectual, eran arribistas, y se parecían «al mundo de la moda de París en un ensayo general de teatro».³² Algunos periodistas y celebridades teatrales, como Colette y Edmond Rostand, podrían dar brillo y cierta «camaradería superficial» en tiempos de relativa calma, pero en una crisis no serían de fiar. El tono parisino del movimiento *Clarté* incomodaba a Rolland. Su parroquianismo sugería un compromiso evanescente con el internacionalismo y la paz. Muchos de los miembros de *Clarté* (J. H. Rosyn, Paul Fort, Anatole France) habían adoptado claramente posiciones chauvinistas. Muchos adherentes eran virulentamente anti-soviéticos. Antes que la internacional de los intelectuales se tornara una reunión inútil de *litterati* franceses, Rolland sugirió una organización más democrática e internacional. Una asociación tal estaría mejor ubicada fuera de París, donde «el pensamiento y la acción extranjeros» podrían ser recibidos más abiertamente.³³

A juicio de Rolland, la estructura organizacional de *Clarté* estaba mal pensada, y era demasiado ecléctica y difusa. «Sobre todo, la actual situación requiere la constitución de un núcleo sólido, cerrado, resistente, de almas intransigentes que enarbolan la nueva fe».³⁴ Rolland era partidario de un grupo más pequeño y más cuidadosamente seleccionado de pensadores, seriamente preparados para la oposición permanente a la guerra. Como apóstoles de la paz y el internacionalismo, serían inflexibles en cuestiones claves, personalmente honorables, y no estarían involucrados en consideraciones prácticas de carrera, reputación o afiliación política. La experiencia de la Gran Guerra había enseñado el valor del rechazo. El contexto de posguerra colocaba a los intelectuales ante abruptas opciones: «El prudente silencio, el amable ni sí ni no, debe ser interpretado como un No».³⁵

En 1919, Rolland le achacaba a *Clarté* equivocaciones respecto al curso de sucesos. Peor aún que su confusionismo ideológico le resultaba el cuidado que la organización ponía en no ofender a los miembros centristas y nacionalistas de su consejo asesor. Esto significaba que *Clarté* carecía de determinación para emerger como una voz de oposición.³⁶ En privado, Rolland temía que *Clarté* estuviera bajo el patronazgo moral de Anatole France. Él había condenado al célebre francés volteriano por sus exabruptos xenofóbicos durante la guerra, y por lo que juzgaba un calculado silencio a propósito del injusto tratado de paz.³⁷

Después de renunciar al comité de *Clarté* el 23 de junio de 1919, Rolland discrepó ácidamente con su engañosa estructura edito-

³² Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1824.

³³ *Ibidem*, pp. 1272, 1273 y 1777.

³⁴ Carta de Romain Rolland a Henri Barbusse, 23 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 1831-1832.

³⁵ Carta de Romain Rolland a Henri Barbusse, 14 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1828.

³⁶ *Ibidem*, p. 1826; véase también las cartas de renuncia colectiva dirigidas al grupo *Clarté* por siete rollandistas: Charles Vildrac, Georges Chenevière, F. Crucy, Léon Werth, Albert Doyen, L. Bazalgette, Paul Signac (*ibidem*, p. 1830).

³⁷ *Ibidem*, pp. 1824-1825. Cartas de Romain Rolland a Marcel Martinet, 10 de julio de 1919, y a Edouard Dujardin, 10 de julio y 4 de septiembre de 1919. Todas en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.

rial, consistente en dos comités paralelos: uno compuesto por renombradas figuras internacionales (Anatole France, Thomas Hardy, Upton Sinclair, Stefan Zweig), pero de escaso poder de decisión efectivo; y otro que, casi invisible, retenía el poder efectivo, y que estaba compuesto por el pequeño círculo parisino. Rolland creía que resultaba antidemocrático e irresponsable que se tomaran decisiones sin consultar al resto de la entidad.³⁸ Así, se vio cada vez más fastidiado por la torpe mediocridad burocrática de Victor Cyril, el menos talentoso de los fundadores de *Clarté*.³⁹

El rechazo de Rolland a permanecer dentro del grupo *Clarté* muestra la naturaleza purista y herética de sus ideales. Su anhelo de formar una internacional de los intelectuales no contó con diplomacia táctica y flexibilidad. Estaba tenazmente preparado para asumir el riesgo de ser «uno contra todos». *Clarté* no aceptaría los supuestos de Rolland ni su necesidad de decencia moral absoluta.

El individualismo intransigente de Romain Rolland, su deseo de completar sus proyectos intelectuales en curso (novelas, obras teatrales, biografías) y sus esfuerzos por reorientar la vida cultural europea, hicieron que su ruptura con *Clarté* fuera inevitable. Aun así su alejamiento no supuso rupturas totales. Continuó su amistad con Barbusse, Lefebvre y Vaillant-Couturier, esperando poder colaborar con ellos o unirse en futuros emprendimientos. A fines de 1919 y comienzos de 1920, se le presentó una oportunidad. Junto con Barbusse y el escritor francés Georges Duhamel, Romain Rolland intentó preparar el primero de una serie de Congresos Internacionales de Intelectuales. Pero ese encuentro nunca tuvo lugar.⁴⁰

Al mismo tiempo, Rolland le escribió a Edmund D. Morel, secretario de la Unión de Control Democrático, una organización inglesa pacifista e internacionalista, declarando que no estaba dispuesto a convertirse en un miembro activo de esa organización.⁴¹ Él podía ser, al mismo momento, comprometido y no alineado; sumarse a esa asociación sería una labor de tiempo completo, lo que lo distraería de su arte y su soledad meditabunda. Su trabajo por una internacional de los intelectuales siguió adelante sin la ayuda de asociaciones políticas o ideológicas tales como la Unión de Control Democrático, aun cuando acordaba con sus metas y estimaba a sus líderes:

También he llegado a la etapa de un internacionalismo integral, y creo en la necesidad para la evolución humana de una

transformación radical por el beneficio del mundo del Trabajo. Pero, esencialmente, me limito a mi propia tarea como un «trabajador de la mente». Esto es suficientemente considerable para demandar todas mis energías. Me gustaría incluir a los grandes intelectuales de diversas naciones que han conservado la independencia de su pensamiento, planteándoles los principios de una Internacional de la Mente, que luchará contra el desastroso trabajo de los intelectuales que han sido formados en regimientos útiles para los nacionalismos enemigos.⁴²

Romain Rolland abrió su carrera de posguerra con una proclama poderosa y de gran visibilidad sobre la autonomía intelectual y la libertad, la «Declaración de Independencia del Espíritu». Allí afirmaba inequívocamente la dignidad de la vocación intelectual. Fue publicada inicialmente en París en el periódico socialista **L'Humanité**, el 26 de junio de 1919, dos días antes de la firma del Tratado de Versalles; traducido luego a los principales idiomas, leído en los diarios y revistas de Francia, Suiza, Inglaterra, Italia, Alemania, Austria y Estados Unidos, su manifiesto, firmado por un selecto círculo de intelectuales del mundo, recibió tanto atención como algunos significativos reconocimientos que le otorgaron legitimidad.⁴³ La controversia disparada por la «Declaración»

⁴² Carta de Romain Rolland a Edmund D. Morel, 30 de marzo de 1919, en **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1778.

⁴³ Cartas de Rolland a Amédée Dunois, 6 de enero de 1919, 24 de junio de 1919, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; Pierre-Jean Jouve, **Romain Rolland vivant**, París, 1920, pp. 217-219. La Declaración apareció por primera vez como «Fière déclaration d'intellectuels», **L'Humanité**, 26 de junio de 1919, p. 1; también fue publicada en **L'Art Libre**, junio de 1919; **La Feuille**, junio de 1919; **Rassegna Internazionale**, julio de 1919; **Forum**, agosto de 1919; **Demokratie**, 18 de julio de 1919; **Foreign Affairs**, agosto de 1919; **New York Times Current History Magazine**, octubre de 1919 y en **The Liberator**, diciembre de 1919. Fue reimpresso en Romain Rolland, **Les Précurseurs** (1919), en **L'Esprit Libre**, pp. 337-342 y en **Quinze Ans de Combat**, pp. 1-6. Sobre las resonancias contemporáneas, véase Paul Souday «Une Déclaration d'intellectuels», **Le Temps**, 27 de junio de 1919; Marcel Martinet «Les Intellectuels et la guerre», **La Vie Ouvrière**, 2 de julio de 1919; F. Vandérem, **Le miroir de lettres**, París, 1919, pp. 112-116. El siguiente es el detalle nacional de aquellos que firmaron la declaración: **Francia**: Alain, Raoul Alexandre, René Arcos, Henri Barbusse, Charles Badouin, Léon Bazalgette, Edouard Bernaert, Lucien Besnard, Jean-Richard Bloch, Louise Bodin, Samuel Buchet, Dr. E. Burnet, Alphonse de Chateaubriant, Georges Chennevière, François Cracy, Paul Desanges, Fernand Desprès, Albert Doyen, Georges Duhamel, Edouard Dujardin, Amédée Dunois, Gustave Dupin, Dr. Joseph Fiévez, Waldemar George, G. George-Bazile, Jean Guéhenno, Augustin Hamon, Pierre-Juan Jouve, C. A. Laisant, A. M. Labouré, Raymond Lefebvre, Marcel Martinet, Emile Masson, Alexandre Mercereay, Luc Mérida, Mathias Morhardt, Georges Matisse, Madeleine Matisse, A. Pierre, August Prenant, Gabriel Reuilland, Romain Rolland, Jules Romains, Nelly Roussel, Han Ryner, Dr. Schirardin, Edouard Schoen, P. Schultz, Edouard Schneider, Séverine, Paul Signac, Dr. Robert Sorel, Gaston Thiesson, Jules Uhry, Paul Vaillant-Couturier, Charles Vidrac, Dr. Wacker, Léon Werth. **Alemania**: G. van Arco, Albert Einstein, W. Foerster, Leonard Frank, H. von Gerlach, Ivan Goll, Wilhelm Herzong, Hermann Hesse, David Hilbert, Käthe Kollwitz, Max Lehmann, Heinrich Mann, A. Mmoissi, Paul Natorp, Georg F. Nicolai, Nithack-Stahn, H. Paasche, Hélène Stoeker, Fritz von Unruh, H. Wehberg, Franz Werfel. **Italia**: Enrico Bignami, Roberto Bracco, Benedetto Croce, Amaldo Lucci, Attilio Cimbro, Marie Cimbro-Bonnet, Confucio Cotti, Dino Muratore, Dr. Enrico Lenzi, Dr. Elsa Castagneri. **Bélgica**: Paul Colin, Georges Eekhoud, J. F. Eslander, Frans Hellens, Georges Khnopff, Frans Masereel, Mélot du Dy, Jacques Mesnil, Edmond Picard, Henry van de Velde. **Suiza**: Ernst Bloch, Dr. Robert Eder, August Forel, Charles Hofer, Proffesor Ragaz, H. Roorda van Eysinga. **Inglaterra**: Edward Carpenter, Lowes Dickinson, Roger Fry, Bertrand Russell, Israel Zangwill. **Suecia**: Verner von Heidenstam, Ellen Kay, Selma Lagerlöf, Carlo Lindhagen. **Cataluña**: M. López-Pico, Alfons Maseras, Eugenio D'Ors, Paul M. Turull, Emilio H. del Villar. **Holanda**: Dr. L. G. Brouwer, Dr. Frederick van Eeden, J. C. Kapteyn.

³⁸ Cartas de Romain Rolland a Henri Barbusse, 17 y 23 de junio de 1919, en **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, pp. 1831-1832.

³⁹ Romain Rolland, «Journal inédit (1919-1920)», *op. cit.*, p. 185.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 184-185, 187-188; Romain Rolland, Henri Barbusse, Georges Duhamel, «Appel pour le premier Congrès de l'Internationale intellectuelle», **L'Humanité**, 23 de enero de 1920; **Clarté**, 24 de enero de 1920. Véanse también las cartas de Rolland a Raymond Lefebvre, 31 de diciembre de 1919, 4 de enero de 1920, 15 de enero de 1920 y 19 de febrero de 1920, Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; Shaul Ginsburg, **Raymond Lefebvre et les origines du communisme français**, París, 1975, pp. 114-116, 119-122; Nicole Racine, *op. cit.*, p. 203.

⁴¹ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1726-1727; sobre Morel, véase Sheldon Spear «E. D. Morel's U. D. C. International», **Peace and Change**, 7, n° 1-2, 1981, pp. 97-108.

ilustra que Rolland había tocado un nervio sensible en Europa. El discurso afirmaba el sentido de los «Derechos del Hombre» intelectual. Rolland enfatizaba el derecho y la obligación de los intelectuales a pensar, investigar, escribir, publicar y comunicar honestamente, sin las ataduras de la censura, del nacionalismo o de las correlaciones políticas. Tras cinco años de conflicto, convocaba a los intelectuales a enfrentar las relaciones morales miserables, el silencio, la aquiescencia y los disgustos para con ellos mismos. Los incitaba a dar cuenta de sus propios asuntos para poder tejer alianzas fraternales con las masas democráticas. La versión final del texto decía:

Declaración de Independencia del Espíritu

Trabajadores de la Mente, camaradas aislados alrededor del mundo, separados durante cinco años por ejércitos, la censura y el odio de las naciones en guerra, nos dirigimos a Ustedes con un pedido en esta hora cuando las barreras han caído y las fronteras se han reabierto, para revivir nuestra unión fraternal pero de una manera nueva, más segura y confiable de la que existía antes.

La Guerra volvió confusas nuestras categorías. La mayoría de los intelectuales puso su ciencia, su arte, su razón al servicio de los gobiernos. No queremos acusar ni reprochar a nadie. Sabemos de la debilidad de las almas individuales y de la fuerza elemental de las grandes corrientes colectivas: éstas últimas se han extendido sobre las primeras rápidamente, que no estaban preparadas para un trabajo de resistencia. Hagamos que esta experiencia nos ayude en el futuro!

Hagamos conocer, ante todo, los desastres que han sido provocados por la total abdicación de la inteligencia del mundo y su esclavización a las fuerzas desencadenadas. Pensadores y artistas han sumado una cantidad incalculable de odio venenoso a la plaga que devora la carne y el espíritu de Europa; buscaron en su saber, en su memoria, en su imaginación, viejas y nuevas razones, razones históricas, científicas, lógicas y poéticas para odiar; trabajaron para destruir la comprensión y el amor entre los hombres. Y por lo tanto han desfigurado, envilecido, rebajado y degradado el Pensamiento, aquel del que son representantes. Han hecho del Pensamiento un instrumento de las pasiones y (sin saberlo, quizás) de los intereses egoístas de facciones políticas o sociales, del Estado, del país o de una clase. En el presente, fuera de la batalla salvaje de la cual todos los países involucrados, victoriosos o derrotados, emergen estropeados, arruinados y desde lo profundo de su corazón (aunque no lo admi-

tan) avergonzados y humillados por su exceso y maldad, el Pensamiento, comprometido con esos países en la batalla, emerge, como ellos, degradado.

De pie! Dejen que desentrañemos la mente de sus compromisos, de sus humillantes alianzas, de su oculta esclavitud. La Mente no es esclava de nadie. Nosotros somos quienes servimos a la mente. No tenemos otro señor. Existimos para mantener, para defender su luz, para reunir en torno a ella a todos los hombres equivocados. Nuestro deber es sostener un punto fijo, apuntar a la estrella polar en el medio de las turbulentas pasiones de la noche. Entre esas pasiones de orgullo y mutua destrucción, no tenemos alternativa. Las rechazamos a todas. Honramos a la Verdad, libre, sin fronteras ni límites, sin prejuicios de naciones ni de castas. Seguramente, no estamos desinteresados respecto de la Humanidad. Es por la Humanidad que trabajamos, por ella como un todo. No conocemos pueblos. Conocemos al Pueblo —único, universal—, al Pueblo que sufre, que pelea, que falla y que constantemente se pone de pie y que siempre transita un largo camino empapado de su propia sangre —al Pueblo de todos los hombres, todos igualmente nuestros hermanos. Y es en virtud de ello que ellos pueden ser, como nosotros, conscientes de esa fraternidad, que nosotros levantamos por sobre sus conflictos ciegos, el Arca de la Alianza —la Mente libre, una y múltiple, eterna.⁴⁴

El primer párrafo subrayaba la unidad fraterna entre los intelectuales y la reapertura de las fronteras de la mente en coincidencia con la reapertura de los límites nacionales. Refiriéndose al intelectual como «camarada» y como «trabajador de la mente», afirmaba el principio de la significación fundamental del trabajo mientras evidenciaba el elusivo vínculo entre trabajadores e intelectuales. La solidaridad intelectual debía servir como oposición a las fuerzas militaristas, al nacionalismo, a la censura y al odio que los habían dividido durante la Gran Guerra. Las asociaciones científicas y culturales de preguerra eran anacrónicas e insuficientes; así, promovía un nuevo modelo de diálogo intelectual. En el segundo párrafo, se critica a los intelectuales europeos por permitir que su inteligencia e imaginación fuera manipulada por los gobiernos enfrentados. Allí no se visualiza la ofensiva censora, aunque se aludía vagamente a una propuesta para resistir futuras guerras. Para prevenir la repetición de la catástrofe, Rolland exhortaba a los intelectuales a recordar cómo habían sido traicionados principios y expectativas fundamentales.

El tercer párrafo de la Declaración de Rolland apunta directamente contra los intelectuales europeos por contribuir a la atmósfera de odio universal creada durante la guerra. El saber había sido convertido en un instrumento de guerra. Los pensadores habían perdido su perspectiva de los eventos y de sus propias responsabilidades ante la urgencia. Los intelectuales habían producido propaganda bélica de manera desvergonzada y habían diseminado calumnias racistas y chauvinistas. Muchos de ellos se habí-

Austria: Dr. A. H. Fried, Stefan Zweig. *Rusia:* Paul Birukof, Maxim Gorky, Nicolas Rubakin, L. de Wiskovatov. *Hungría:* Monseigneur Alexandre Giesswein, Andreas Latzko. *Polonia:* Dr. M. de Rusiecka. *Grecia:* Georges Donvalis, Yannios. *Estados Unidos:* Jane Adams, Sherwood Anderson, Van Wyck Brooks, Waldo Frank, Frederick P. Hier, B. W. Huebsch, John Haynes Holmes, Horace B. Liveright, Edgar Lee Masters, Scott Nearing, Upton Sinclair, Alfred Stieglitz, Louis Untermeyer, Oswald Garrison-Villanrd. *India:* Ananda Coomaraswamy, Rabindranath Tagore. *Argentina:* Dr. Manuel Galvez. *Brasil:* Benedicta Costa. La petición fue firmada también por más de 100 escritores y académicos españoles cuyas firmas fueron reunidas por Emilio H. del Villar; 28 profesores de la Universidad de Turin; 56 profesores y estudiantes de Piamonte y otros 617 firmantes de Europa Central convocados por Georg F. Nicolai y publicados en su folleto **Romain Rollands Manifest und die deutschen Antworten**, Charlottenburg, 1919.

⁴⁴ Romain Rolland, «Déclaration de l'indépendance de l'Esprit», *L'Esprit libre*, pp. 337-338.

an confabulado con las mentiras de los gobiernos dominantes, aliándose con los poderes centrales.

«Abdicación de la inteligencia» significaba la capitulación de la postura ética y racional en un momento de frenesí. Los intelectuales europeos, al renunciar a su prerrogativa de defensa de la cultura, la razón y los valores humanos, habían minado las bases de su propia autoridad. La guerra había negado repetidamente los verdaderos fundamentos de la creatividad y la indagación crítica, libertades que abarcaban el derecho a resistir la contienda bélica, la opresión, y las opiniones unidimensionales. La mente, insistía Rolland, no conoce de amos, ni de jerarquías privilegiadas, ni de parámetros a los que debiera someterse. La mente y el espíritu eran fines en sí mismos: puros, sagrados, indivisibles, inalienables.

Si los intelectuales europeos habían degradado el pensamiento, habían degradado en ese proceso además su propio carácter. La repetición de adjetivos mordaces empleados («desfigurados, devaluados, degradados, inferiores») revela la profundidad de la furia de Rolland ante lo que juzgaba una traición. La vida intelectual se mantendría en ese estado de degradación, a menos que los intelectuales demostrasen capacidad de autocritica y descubrieran modos efectivos y concientes de combatir la pasión por la razón, y de luchar contra las corrientes colectivas homicidas.

En el párrafo final, Rolland llamaba encendidamente a los intelectuales a elevarse sobre los escombros de una guerra que no había tenido ganadores. Para redimirse y revitalizar la cultura, los pensadores debían abstenerse de cualquier contribución a la muerte y la destrucción. Y debían evitar todas las alianzas turbias como las que se daban en nombre de la nación, los partidos, los grupos o las clases.

Rolland conectaba su noción totalizadora de la humanidad a una concepción oceánica tanto de los pueblos como de la misión de los intelectuales por abrazar el universo. Esta idea mística se oponía a las nociones nacionalistas, liberal-democráticas, socialistas y bolcheviques de la lucha histórica concreta y popular. El intelectual ideal trabajaba fraternalmente por los miserables y explotados. Y esa idea subrayadamente abstracta de libertad que tenía Rolland, le permitía unir el trabajo manual y el trabajo mental. Para enfatizar la necesidad de la autonomía intelectual, para superar la mácula de la sumisión del intelecto, su manifiesto concluía con una nota trascendentalista. La libertad, la igualdad y la fraternidad sólo podrían ser alcanzadas si los intelectuales se elevaban sobre los mezquinos y cegadores conflictos de la vida diaria. Bajo los ecos persistentes del lema *Au-dessus de la Mêlée* («Más allá de la Contienda»), Rolland exhortaba a los escritores a actuar como individuos imparciales, universalistas, humanistas y moralmente libres de toda corrupción.

El manifiesto publicado fue casi idéntico al primer borrador de Rolland escrito el 16 de marzo de 1919.⁴⁵ Sólo una frase estraté-

⁴⁵ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., 16 de marzo de 1919, pp. 1769-1771.

gicamente ubicada en el párrafo final, que afirmaba la misión de los intelectuales, fue cambiada. En la versión original se leía: «Nosotros tomamos el compromiso de servir solamente a la Verdad libre» («*Nous prenons l'engagement de ne servir jamais que la Verité libre*»). La versión publicada omitía la palabra «engagement»: «Nosotros honramos solamente la Verdad».⁴⁶ Rolland entendía que los moralistas podían estar *engagés*, pero sus primordiales preocupaciones, obligaciones, promesas (todos términos contiguos al uso francés de *engagement*) debían ser descubiertos en las más profundas capas de significado de la vida humana y de sus relaciones con el mundo.

Rolland explicó el sentido de la «Declaración» en agosto de 1919 en **Foreign Affairs**, la revista pacifista de Edmund D. Morel.⁴⁷ Para justificar su iniciación del diálogo entre trabajadores e intelectuales, recordaba a su audiencia su posición minoritaria durante la guerra. Para su cometido de hermandad universal, arguía, la justicia social y la comprensión mutua entre las naciones enfrentadas eran condiciones necesarias, pero no suficientes. Además de ello, los intelectuales debían coordinar sus esfuerzos contra las ideas y fuerzas políticas conservadoras, para luchar contra el rearme de las fuerzas de la tiranía. Rolland pretendía usar su prestigio para mediar entre el espacio cultural y las clases trabajadoras, o cuanto menos para prevenir el crecimiento de sus malentendidos.

Rolland reclamaba a la clase trabajadora organizada a no dejar de lado a los intelectuales. Así como podía no sancionar el desdén intelectual hacia el pueblo, se negaba a aceptar el antiintelectualismo obrero. Al respecto, se mostraba particularmente contrariado con el proceso soviético, donde los intelectuales eran activamente celados, y donde podía advertir una incipiente paranoia respecto a los artistas.⁴⁸

A pesar de esa oposición a la censura de los soviéticos para con los intelectuales, Rolland alababa el experimento ruso en cuanto a sus esfuerzos de reconstrucción social y sus objetivos de eliminación de la escasez material. La Revolución Bolchevique era un modelo social participativo y de desarrollo económico de una enorme significación a nivel global.⁴⁹ Y en esa coyuntura, separar a los intelectuales de la clase obrera representaba coartar la dinámica de creatividad natural y crucial perspectiva crítica necesaria para la construcción de una sociedad durable. Los trabajadores precisaban de la visión y pericia de los intelectuales; éstos, a su vez, madurarían de un modo anticuado sin contactos significativos con trabajadores. Y aún más peligroso eran los precedentes de intelectuales que se habían posicionado contra los obreros socialmente conscientes, deviniendo una ideológica «herramienta de opresión en manos de los explotadores».⁵⁰

⁴⁶ *Ibidem*, p. 1770.

⁴⁷ Romain Rolland, «The Intellectuals: Their failure – Their Opportunity», **Foreign Affairs**, n° 2, agosto de 1919, pp. 5-6. Luego reimpresso en **Quinze Ans de Combat** como «Pour l'union des travailleurs des mains et de l'esprit (commentaire a la Declaration de l'Independance de l'Esprit)», pp. 7-10).

⁴⁸ Romain Rolland, «The intellectuals: Their Failure – Their Opportunity», op. cit., p. 5.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 6.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 5.

Rolland sustentaba el diálogo propuesto sobre dos nociones: la primera, que los objetivos de los trabajadores manuales y los trabajadores intelectuales eran igualmente dignos, más allá de la división del trabajo; y la segunda, que la fraternidad estaba mejor implantada fuera de los partidos políticos y de los movimientos de masas. Por el momento, Rolland trabajaba para poner al descubierto los prejuicios más asentados, incluyendo los estereotipos aceptados por la clase obrera y sus representantes.⁵¹

Para Rolland el propio futuro del mundo dependía de la colaboración entre los trabajadores y los intelectuales. Así, podía concluir su comentario a la Declaración haciéndose eco del entusiasta mensaje de Marx en el **Manifiesto Comunista** de 1848:

Trabajadores manuales e intelectuales, unámonos. Unámonos todos quienes creemos en la posibilidad de un mundo más libre, más feliz, más digno, en el cual las fuerzas de producción y de creación estarán armoniosamente asociadas antes que trabajar para su mutua destrucción, como lo están haciendo ahora, en parte a partir de nuestra mutua oposición que es tanto absurda como criminal. No dejemos fatigar nuestra esperanza y nuestra acción: dejemos a los intelectuales iluminar el camino que los trabajadores tienen que construir. Hay diferentes facciones en el mundo del trabajo. Pero el objetivo es el mismo.⁵²

En un apéndice a la Declaración publicado en **L'Humanité** en agosto de 1919, Rolland reiteraba su apoyo crítico a la Unión Soviética. Se lamentaba que «nuestros amigos rusos» estuvieran impedidos de firmar su manifiesto, al tiempo que condenaba la intervención militar Aliada y el bloqueo de la Unión Soviética y proclamaba que «el pensamiento ruso es la vanguardia del pensamiento del mundo».⁵³ «El pensamiento ruso», en la perspectiva de Rolland, no se cifraba en el leninismo sino más bien en su legado literario y en los desarrollos artísticos soviéticos.⁵⁴

Rolland compuso una apasionada dedicatoria revolucionaria en el segundo volumen de sus ensayos antibélicos, **Les Précurseurs**. Fechada en agosto de 1919, la dedicatoria rezaba:

En memoria
De los mártires de la nueva Fe:
la Internacional humana.
A Jean Jaurés, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg,
Kurt Eisner, Gustav Landauer,
Víctimas de la feroz estupidez
y de la mentira asesina,
liberadores de los hombres que los mataron.⁵⁵

En esta dedicatoria, Rolland expresaba su solidaridad con los mártires asesinados del socialismo, el comunismo y el anarquismo en Europa —particularmente con los militantes revolucionarios. Las cinco célebres personas que saludaba en la dedicatoria eran devotos a la revolución, al internacionalismo, y al humanismo socialista. Eran, al mismo tiempo, revolucionarios e intelectuales de alto calibre. Al colocarse cerca del proletariado, Rolland parecía ver al socialismo como el único método de erradicación de las raíces materiales de la guerra mundial y la represión social, y el más próximo a establecer el internacionalismo. Rolland vinculaba la violencia a la ignorancia, la insinceridad y la mistificación de clase. El socialismo, por el contrario, parecía ser la ideología que abarcaba todo lo concerniente a la «Internacional humana» —y en ella el camino universal a la libertad tanto individual como colectiva.

Esta identificación emocional con los socialistas revolucionarios era incompatible con su más moderado y apolítico compromiso con la libertad de pensamiento. Significativamente, Rolland abría **Les Précurseurs** con esta comprometida dedicatoria, pero lo cerraba con la Declaración idealista. Entre ambas, el cuerpo del texto se compone de artículos publicados entre 1916 y 1919 que defendían los ideales de una internacional de los intelectuales. Pero la tensión entre la dedicatoria y la Declaración permanecía irresuelta. No había una clara y decidida toma de posición acerca de quienes serían los precursores del futuro, si los líderes de la clase obrera o los intelectuales pacifistas. Y la contradicción entre una nítida lealtad a la revolución socialista y el deber de ejercer el espíritu libre de cada uno, coloreó todos los escritos comprometidos de Rolland de los años '20. Al ofrecer consejos a los trabajadores sin ser uno de ellos, al hacer el elogio de los mártires del socialismo revolucionario permaneciendo fuera de las organizaciones socialistas y de la disciplina revolucionaria, al clamar por el fin de los antagonismos entre obreros e intelectuales manteniéndose a distancia de la lucha política, Rolland se halló atrapado en un cúmulo de contradicciones. Para suavizar el tono paternalista de sus escritos, formuló una imagen armoniosa del futuro mezclando todas las formas del trabajo productivo. Una vez más, optaba por un ideal de totalidad y trascendencia.

El 25 de abril de 1919, Romain Rolland envió a George Bernard Shaw una copia de la «Declaración», requiriendo su firma.⁵⁶ Ese curso era coherente con su plan original de asegurarse firmas de escritores, artistas y científicos distinguidos e independientes de cada país importante del mundo.⁵⁷ La invitación generó una controversia privada que reactivó las relaciones tormentosas que había mantenido con Shaw durante la guerra.⁵⁸

Romain Rolland le decía a Shaw que el manifiesto no sólo ayudaría a restaurar la autonomía intelectual interrumpida por la gue-

⁵¹ *Ibidem*, p. 6.

⁵² *Ídem*.

⁵³ Romain Rolland, «Declaration de la Independance de l'Esprit», **L'Esprit Libre**, p. 342.

⁵⁴ Jean Perus, **Romain Rolland et Maxime Gorki**, *op. cit.*, pp. 53, 57-64 y 73.

⁵⁵ Romain Rolland, dedicatoria a **Les Précurseurs** (1919), en **L'Esprit Libre**, *op. cit.*, p. 175

⁵⁶ Carta de Romain Rolland a George Bernard Shaw, 25 de abril de 1919, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1796.

⁵⁷ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1771; Pierre-Jean Jouve, **Romain Rolland vivant (1914-1919)**, París, 1920, p. 218, n. 1.

⁵⁸ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, *op. cit.*, p. 1007.

rra, sino que también revertiría la desilusión de los miembros jóvenes y silenciosos del espacio cultural. En un intento por desarmar el cáustico látigo de Shaw, Rolland confesaba que tales llamamientos eran tentativas por tomar posición contra un demonio evidente; sus autores eran como Don Quijote, atacando molinos de vientos. En vez de espadas, los intelectuales idealistas empleaban sus plumas. Rolland ansiaba el apoyo de Shaw para reforzar la confianza endeble de una «juventud intelectual que espera, desorientada, angustiada, para que sus mayores la guíen y le brinden confianza en el poder de la mente liberadora... He tomado cuenta del quijotismo de esta convocatoria. Pero una vez en su vida Don Quijote doblegó a su adversario.»⁵⁹

Shaw respondió en francés el 7 de mayo de 1919, negándose categóricamente a firmar y devolviendo algunos párrafos de la «Declaración» con correcciones editoriales no requeridas. Desestimó los reclamos infundados de virtudes de los pensadores de Romain Rolland, mientras se mofaba de sus propias deficiencias lingüísticas:

Tenemos que confesar antes que reprocharnos: sin eso tendremos los aires de Fariseos, inclusive snobs. Para evitar esto te desafío a corregir un poco tu versión: ¿Qué piensas de eso? Naturalmente, sabrás como editar mis sandeces: soy un lingüista horroroso.⁶⁰

La revisión de Shaw enfatizaba la necesidad de la defensa nacional y de la imposibilidad de la neutralidad imparcial en tiempo de guerra. En esos momentos, la supervivencia adquiría preeminencia por sobre la oposición intelectual o la imparcialidad: «Buscar como podamos por sobre la batalla. Inútil: en guerra el primer deber es para con el hogar, el vecino, la tarea suprema es desviar la muerte de ellos.»⁶¹

Romain Rolland encontraba que los cambios de Shaw distorsionaban el espíritu del discurso. Shaw, el animador, desplegaba juegos semánticos, simplemente caricaturizando su posición «por sobre la batalla». Rolland, en cambio, acusaba a Shaw de ofrecer una excusa para los excesos patrióticos de los intelectuales durante la guerra. En tono sarcástico, Shaw justificaba el sacrificio de todas las formas de resistencia en beneficio de la defensa nacional y de la mera supervivencia. Rolland replicaba: «No pongo la nación, el país, el hogar, antes que todo. Por sobre todo, pongo la libertad de conciencia». Shaw garantizaba a los futuros belicistas un «cheque en blanco». Esta vigilancia de Rolland, sin embargo, no politizaría el compromiso intelectual: «no veo futuro en los esfuerzos por adaptar el librepensamiento a las necesidades políticas... Si el pensamiento quiere salvar a los demás, dejen que primero se salve él mismo. Dejen que haga lo suyo constituyendo, por sobre las naciones, una Internacional del pensamiento, una conciencia mundial.»⁶²

⁵⁹ Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 25 de Abril de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1796.

⁶⁰ Carta de George B. Shaw a Rolland, 7 de mayo de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1815.

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 28 de mayo de 1919, en *Journal des années de guerre*, op. cit., p. 1817.

La respuesta de Shaw ridiculizaba la seriedad de Rolland en tanto mistificación idealista del librepensamiento. Shaw, con franqueza, le recordaba las necesidades materiales y biológicas del hombre común y del soldado, así como el imperativo de «salir del paso», especialmente en tiempos de emergencia militar. Consideraba que bregar por una Internacional de los Intelectuales era excesivamente pomposo y moralmente puritano, incluso hipócrita. Con un humorístico autodesprecio, Shaw se burlaba de las ideas de Rolland sobre la omnipotencia de El Pensamiento. El hombre de pensamiento era un constructo lingüístico, no una realidad histórica:

Adulas a la guerra y al hombre. «El Hombre de Pensamiento» no existe. Yo no soy pensamiento. Yo soy Bernard Shaw. Tú eres Romain Rolland. Comemos, y ocho horas después, olvidamos nuestra filosofía, y solo sentimos hambre... Todo lo que dices sobre El Pensamiento es cierto. Por lo tanto, deja que El Pensamiento firme tu manifiesto. Pero John Smith y Pierre Duval no podrán firmar. Ellos deben pelear por nosotros; y nosotros, al menos, debemos pagar los impuestos. Ningún hombre está por sobre la batalla. Semejante pretensión sería repugnante para el mundo y rompería nuestra influencia. Disculpa mi franqueza: escribiendo en inglés tengo bastante tacto; pero en idiomas extranjeros, cada uno escribe como puede.⁶³

Romain Rolland rechazaba las dicotomías de Shaw por encontrarlas falsas y cínicas. La necesidad material no requería ni el abandono de cierta perspectiva ni la renuncia a la conducta racional. Rolland defendía su posición antibélica y afirmaba principios caritativos. Los intelectuales debían usar sus ideas y su sensibilidad ética para enfatizar la comunión, y no el disenso, entre pueblos y naciones:

No es estrictamente necesario olvidar ideas cuando uno siente hambre. A lo largo del tiempo, ha habido hombres que murieron por sus ideas. Hay muchos que han muerto por ellas en esta guerra. Habrá otros durante esta paz... No estoy por sobre las batallas –todas las batallas. He estado, estoy y estaré siempre «por sobre la batalla» de naciones y países. Estoy luchando contra las naciones, los países, las castas, contra todas las barreras que separan a los hombres.⁶⁴

La próxima carta de Romain Rolland, en la cual incluyó una copia de su mordaz obra antibélica **Liluli** (1919), fue un punto de quiebre en este intercambio. Shaw inmediatamente valoró la inteligente ironía de **Liluli**, derrochando elogios y apelando a algunos adjetivos en alemán: «**Liluli** es *kolossal, grossartig, wunderschön*, espléndida. Me ha parecido enorme, infinita, al borde del éxtasis».⁶⁵ Bajo el auspicio de Shaw, **Liluli** fue puesta en escena ante el público británico. Romain Rolland entendió finalmente que los

⁶³ Carta de George B. Shaw a Romain Rolland, 27 de junio de 1919, citada en Romain Rolland, *Par la révolution, la paix*, París, 1935, pp. 13-14.

⁶⁴ Carta de Romain Rolland a George B. Shaw, 29 de junio de 1919, cit. en *ibid.*, p. 14.

⁶⁵ Carta de George B. Shaw a Romain Rolland, 10 de julio de 1919, cit. en *ibid.*, p. 14.

dardos que disparaba Shaw apuntaban más a la forma que al contenido de su propuesta. La sátira de Shaw funcionaba para «marcar la aberración servil de un pensamiento irregular durante la guerra». ⁶⁶ Sin embargo, Shaw no firmó el manifiesto y el debate finalizó como había comenzado, estancado.

La «Declaración» de Romain Rolland ofendió a varios intelectuales marxistas de la inmediata posguerra, muchos de los cuales estaban cerca de la Internacional Comunista. Rolland envió a Max Eastman, escritor norteamericano bohemio y antibelicista, una copia de la «Declaración», ampliando así el intercambio amistoso que había tenido con los escritores estadounidenses de izquierda durante la guerra. Eastman publicó el manifiesto en el periódico neoyorkino **The Liberator**, pero en ese mismo número presentó una crítica en clave marxista. ⁶⁷

Eastman consideraba a la perspectiva que Rolland tenía de los intelectuales como un grandioso autoengaño, envuelto en una retórica platónica que ensombrecía la opción real para los intelectuales: estar a favor o en contra del proletariado. «Debemos posicionarnos y posicionar todos nuestros recursos sin reserva del lado de la clase trabajadora contra los dueños del capital. Debemos adoptar –al menos tanto como estemos comprometidos con esta cuestión social– una mentalidad combativa y comprometernos en una lucha de clases consciente». Las nociones de Romain Rolland eran efusivas y sentimentales. Eastman dudaba sobre la posibilidad real de una autonomía individual en una sociedad de clases. El escritor francés sobreestimaba la actividad intelectual, y de esa manera daba a su manifiesto «el sabor de una superioridad o importancia autoconsciente». Despreciaba, en todo sentido, la posibilidad de aplicar ideas en circunstancias prácticas y fallaba en construir una perspectiva instrumental del saber humano. ⁶⁸

Eastman argumentaba que la lucha actual por la libertad y la democracia era sinónima con la misión global del comunismo. Si el marxismo era el mejor método científico para revelar las complejas raíces económicas de las relaciones sociales, el movimiento comunista internacional se había convertido en la clave del cambio social. El intelectual verdaderamente comprometido se unía al proletariado en la lucha de clases total contra la burguesía. No se podía contar con la mayoría de los intelectuales para participar en esos combates revolucionarios. Eastman elogió la valentía moral de Romain Rolland durante la guerra pero esperaba poco de aquellos escritores que se resguardaban de la aventura revolucionaria. Eastman reafirmaba su sospecha sobre los intelectuales cuando repudiaba la metáfora «por sobre la batalla» como pretensión de indiferencia olímpica o de independencia cósmica. ⁶⁹

Romain Rolland respondió en privado a la denuncia pública de Eastman: «el desacuerdo entre nosotros es, en efecto, total. Tal es así que no trataré de discutirlo aquí. Prefiero exponer estas dos tesis de un modo más objetivo en un trabajo que estoy escribiendo.» Negaba que su idealismo fuese una religión insistiendo que era más bien algo experimental, una estrategia de descubrimiento sin plazos definidos, anclada en una duda radical: «No soy devoto de ninguna fe, ni religiosa ni marxista. Vengo del país de Montaigne en donde se duda y se busca eternamente. Busco la verdad. Nunca la alcanzaré». ⁷⁰ Ante la interpección a los intelectuales respecto a trabajar activamente en las luchas sociales del proletariado o sumarse a organizaciones comunistas, Rolland sostenía que la felicidad, la justicia social y la voluntad general del pueblo nunca habían sido atendidas por dictaduras o teorías dogmáticas. «La comunidad social que sólo puede ser salvada renunciando a la libertad de su pensamiento, no lo será verdaderamente. Porque en ese caso estaría siendo salvada en base a principios corruptos.» Sospicazmente, Rolland notaba que Eastman quería subordinar la indagación intelectual libre y la conciencia individual a las necesidades de la «nueva ciencia», el marxismo. Y esa era una forma ingenua de arrogancia intelectual. ⁷¹

El ataque de Eastman fue el primero de una serie de confrontaciones con intelectuales marxistas que marcarían la carrera de Romain Rolland como intelectual comprometido. De hecho, este episodio anticipaba el celebrado debate con Henri Barbusse de 1921-1922. Más allá de eso, Rolland saludó el diálogo con los intelectuales marxistas del siglo XX. Siempre distinguió a las personas de sus discusiones. Estimaba personalmente a Eastman, y respetó su reseña de la «Declaración» pese a la irreconciliable disputa mantenida. ⁷²

Durante la guerra, las relaciones de Rolland con Albert Einstein fueron cordiales. ⁷³ En 1919, esperaba que Einstein se uniera a su campaña por la libertad intelectual y que pudiera sumar seguidores a su «Declaración» en Alemania. El 5 de junio de 1919, registró el «consentimiento» de Einstein. ⁷⁴

Las razones para que Einstein apoyara la «Declaración» eran variadas. Veía que el firmar la declaración era el menor de dos males, aunque a su juicio las peticiones colectivas eran riesgosas en ese momento. Ellas sólo provocaban contra-petitorios, o podían confundir sobre los verdaderos propósitos. Einstein sugería que la diplomacia silenciosa a través de las conexiones privadas podría ser más efectiva que las protestas abiertas contra el clima internacional de desconfianza y venganza. E instaba a la exploración de la responsabilidad alemana durante la guerra:

⁶⁶ Romain Rolland, *Quinze Ans de Combat*, op. cit., p. LXIV; Romain Rolland, *Par la révolution, la paix*, op. cit., pp. 14-15.

⁶⁷ Max Eastman, «A letter to Romain Rolland», *The Liberator*, diciembre de 1919, pp. 24-25. Sobre las relaciones entre Rolland e Eastman durante la Guerra véase Romain Rolland «Voix libres d'Amérique», agosto de 1917, *L'Esprit libre*, pp. 222-234.

⁶⁸ Max Eastman, «A letter to Romain Rolland», op. cit., p. 24.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 25.

⁷⁰ Carta de Romain Rolland a Max Eastman, 5 de diciembre de 1919, en *Un Beau Visage à tous sens*, op. cit., pp. 161-162; Romain Rolland, «Journal Inédit (1919-1920)», op. cit., pp. 183-184.

⁷¹ Romain Rolland, «Journal Inédit (1919-1920)», op. cit., p. 183.

⁷² Carta de Romain Rolland a Waldo Frank, 21 de marzo de 1920, en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.

⁷³ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, op. cit., pp. 510-515, 1284-1286, 1762, 1771.

⁷⁴ *Ibidem*, 1820.

No estoy entre los autores del petitorio [la Declaración]. Me mantengo a resguardo de la amargura que domina en la mayoría de los países. No creo que esos esfuerzos por una reconciliación internacional tengan mucha posibilidad de éxito por ahora. Lo firmé porque hubiera sido peor no hacerlo; pero estoy convencido que el petitorio no tendrá mucha respuesta.⁷⁵

Romain Rolland se había mostrado atraído por los esfuerzos de Heinrich Mann durante la guerra para promover la reconciliación franco-germana, y había seguido su controversia con su hermano, Thomas Mann. En 1919, Heinrich Mann era uno de los hombres de letras más famosos. Aunque firmó la Declaración, criticaba la frase «No conocemos pueblos. Conocemos al Pueblo». Rolland consideró la sugerencia de Mann de revisar esa frase dado que podía ser tomada como una concesión al nacionalismo.⁷⁶

Georg Frederick Nicolai, profesor de biología en la Universidad de Berlín, pacifista y autor de **La Biología de la Guerra** (1917), surgió como el más temprano y enérgico defensor de la Declaración. Romain Rolland elogiaba su «gran europeísmo» durante la guerra. Y, en 1919, Nicolai fue el dinamizador de la idea de Rolland de armar el manifiesto.⁷⁷ Hizo circular la solicitud de Rolland por toda Europa central durante 1919, en parte para popularizar el nombre del escritor francés y en parte para observar la «respuesta alemana» al petitorio. Publicó las distintas versiones en su **Romain Rolland's Manifest und die deutschen Antworten** (1919). Asimismo, Nicolai consiguió que fuera publicado en numerosos periódicos alemanes, revistas y hasta en programas de teatro en 1919, como por ejemplo **Demokratie, Forum, Freiheit, Berliner Tageblatt, Deutsche allgemeine Zeitung, Vorwärts y Germania**.⁷⁸

Karl Kraus, el conocido satírico, crítico y poeta vienés, se negó a firmar la Declaración de Rolland y dio sus explicaciones. Kraus no estaba preparado para perdonar a los intelectuales alemanes por su sórdida conducta durante la guerra. No podía expresar solidaridad con otros ya incluidos en la lista. La oposición a la guerra de Kraus se basaba en motivos más conservadores, como la preservación de la cultura y la tradición. No compartía los postulados de los pacifistas europeos o de los intelectuales de izquierda sobre la guerra ni acordaba con ellos sobre sus métodos de aproximación a cuestiones morales complejas.⁷⁹

⁷⁵ Cartas de Albert Einstein a un colega en Breslau, 17 de agosto de 1919, y a un profesor liberal en Potsdam, 18 de agosto de 1919, citadas en Otto Nathan y Heinz Norden (eds.), **Einstein on peace**, New York, Simon and Shuster, 1960, pp. 31-32.

⁷⁶ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1817.

⁷⁷ Romain Rolland, «Un Grand européen: G. F. Nicolai», 15 de octubre de 1917, **L'Esprit Libre**, pp. 262-297; Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 802, 1600-1602, 1607-1609, 1756-1769, 1771.

⁷⁸ Georg F. Nicolai, **Romain Rollands Manifest und die deutschen Antworten**, Charlottenburgo, Mundus, 1921, p. 27. Algunos de los firmantes fueron Alfred Adler, Johannes R. Becher, Edouard Bernstein, Max Brod, Martin Buber, Ricahrd Dehmel, Kasimir Edschmid, Albert Einstein, August Forel, Wilhelm Foerster, Leonard Frank, Ivan Goll, Walter Gropius, Wilhelm Herzog, Hermann Hesse, Kurt Hiller, Hermann Kantorowicz, Karl Kautsky, Annette Kolb, Käthe Kollwitz, Andreas Latzko, Carlo Lindhagen, Emil Ludwig, Heinrich Mann, Walter Rathenau, Arthur Rosenberg, René Schickele, Arthur Schnabel, Arthur Schnitzler, Wilhelm Steckel, Hélène Stocker, Ersnt Toller, Kurt Tucholsky, Fritz von Unruh, Franz Werfel, Kurt Wolff, Stefan Zweig.

⁷⁹ Karl Kraus en Georg F. Nicolai, *ibid.*, pp. 54-56.

Romain Rolland y el filósofo idealista italiano Benedetto Croce no intercambiaron correspondencia durante la guerra pero estaban recíprocamente al tanto de sus actividades a través de intermediarios. Croce firmó la solicitud pero subrayó su ambigüedad respecto del pensamiento antibelicista de Rolland.⁸⁰ Y le hizo mención al escritor francés, de una manera pedante, de sus propios trabajos sobre la Gran Guerra:

Con agrado he sumado mi firma a su solicitud. Pero deseo, y así comprenderé el sentido y el límite de mi aceptación, que lea el libro [L'Italia dal 1914 al 1918] que le envío, que es el registro de todo lo que he escrito durante la guerra. Encontrará allí su nombre algunas veces y las razones de nuestras divergencias. Creo que la guerra es sagrada, pero también que la verdad es sagrada, y ésta no puede ser utilizada como un instrumento de guerra. Estos instrumentos están hechos de otro material.⁸¹

Rolland le admitió a Croce que ambos tenían preferencias ideológicas y sociales diferentes. A cambio del libro que le había enviado, le encomendó consultar su antología de escritos antinacionalistas y antiimperialistas, **Les Précurseurs**. Y le señaló que, a pesar de sus diferencias, como idealistas acordaban en la libertad intelectual y en la importancia que le otorgaban al intelecto.⁸²

Rolland encontró rechazos inesperados entre cuatro distinguidos miembros de la comunidad intelectual y científica francesa. El economista y pacifista francés, Charles Gide, objetó la «Declaración» puesto que ella «negaba el derecho de existencia de las naciones en favor del solo reconocimiento de la unidad universal del proletariado, lo que equivaldría a la doctrina de la Internacional.»⁸³ De la misma manera, Charles Richet, Premio Nobel y miembro de la Academia Francesa de Ciencias, también se negó a suscribir el texto.⁸⁴ Marie Curie, Premio Nobel en física y química, tampoco sumó su firma, tal vez por «timidez u obstinado nacionalismo», escribió un desilusionado Rolland. Le había pedido, de mala gana, la firma a Anatole France, aun luego de expresar todas sus reservas sobre su inclusión en el consejo de la revista **Clarté**. Enojado, había expresado que el anciano escéptico durante la guerra «había guardado un silencio discreto con aires de superioridad.»⁸⁵

Sin embargo, existieron numerosas reacciones positivas a la solicitud de Rolland, muchas de las cuales abrieron nuevas relaciones intelectuales en su vida. La cordialidad e intensidad emocional de esas respuestas tranquilizaron al escritor francés.⁸⁶

⁸⁰ Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 574 y 606. También véase Roland N. Stromberg, **Redemption by war: The Intellectuals and 1914**, Lawrence, Kansas, 1982, pp. 74-75, 150.

⁸¹ Carta de Benedetto Croce a Romain Rolland, 9 de abril de 1919, **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1792 y 1864.

⁸² Carta de Romain Rolland a Benedetto Croce, 18 de abril de 1919, en **Un Beau Visage à tous sens**, op. cit., p. 160.

⁸³ Carta de Charles Gide a Romain Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., pp. 1817-1818.

⁸⁴ Carta de Charles Richet a Romain Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., p.1818.

⁸⁵ Romain Rolland, **Quinze Ans de Combat**, op. cit., p. LXIX, n. 1; véase también Romain Rolland, **Journal des années de guerre**, op. cit., p. 1814.

⁸⁶ Como ejemplo de estas respuestas positivas, véase la carta de Israel Zangwill a Rolland, mayo de 1919, en **Journal des années de guerre**, op. cit., pp.1818-



Rolland estuvo alegre y fastidioso a la vez por la respuesta del filósofo británico Bertrand Russell. Russell le escribió calurosamente: «no sé cómo expresarle mi alegría al recibir su carta y la Declaración que la acompaña. Marca el fin del aislamiento de los tiempos de guerra.»⁸⁷ Russell simpatizaba con los esfuerzos de Rolland por reconciliar a los intelectuales de todos los países. Sin embargo, tenía sus reservas sobre el tercer párrafo del texto, que hallaba demasiado acusatorio y moralista, lo que contradecía la reivindicación fraternal del manifiesto:

No me gustaría que se imponga a los firmantes la tarea de decir públicamente: Peccavi (he pecado). Preferiría realizar la reconciliación lo más fácil posible. No quiero que proclamemos que éramos moralmente superiores. Me gustaría que hiciéramos todo lo que estuviera a nuestro alcance para disminuir el rencor en el interior de las naciones, así como también en el nivel internacional. Por mi parte, preferiría un párrafo constructivo antes que crítico, un párrafo sensible al futuro y las grandes tareas que tienen por delante los intelectuales.⁸⁸

Romain Rolland interpretó la respuesta de Russell en tono esperanzador y aprobatorio. Aunque reacio a incorporar a aquellos pensadores «que traicionaron una vez y que lo volverían a hacer»,⁸⁹ instó a Russell a que consiguiera más firmantes ingleses para la «Declaración».

En Inglaterra, Bertrand Russell, quien firmó con entusiasmo, pide recortar de la Declaración la censura a quienes hayan cometidos fechorías. Y por cierto que el sentimiento que inspira este pedido es noble y puro: está bien ser modesto; pero debemos saber como preservar un orgullo justo en nuestro interés por grandes causas, no olvidar las traiciones del pasado, y así no dar lugar a las traiciones del futuro.⁹⁰

Hacia el final de la campaña de circulación de la «Declaración», Rolland se mostraba desilusionado con su primera recepción:

No es posible unir a un pequeño puñado de intelectuales europeos en torno a un texto afable y demorado. Uno podría decir que algunos de aquellos que pelearon más enérgica-

mente durante los cinco años de la guerra están actualmente exhaustos y dudan de sí... Mi Declaración ha recibido tantos pedidos de modificaciones y atenuaciones de diferentes lados, que dándoles lugar, de ella no quedaría nada más que el título.⁹¹

Las principales objeciones presentadas a la «Declaración» se concentraban en su perspectiva explícitamente internacionalista y en el requerimiento de que los intelectuales criticaran sus exabruptos y se retractaran de las creencias mantenidas durante la guerra. Se arguía además que en una solicitada abierta como ésta, era inapropiado tratar desigualmente a los intelectuales nacionalistas y a aquellos proclives al consenso. La compasión podía expresarse en una historia moralizante o en una novela psicológica, «pero no en una Declaración que es una acción, un grito de guerra, una interpelación a la juventud indecisa y descorazonada que, en la desolación de sus almas, espera un rumbo, una guía».⁹²

Los intelectuales debían rendir cuentas de sus acciones, de sus inacciones, de sus malos juicios y de su falta de entereza moral. Los pensadores habían sido útiles a la muerte y a la confusión promoviendo un odio que, según un Romain Rolland conmovido, «devastó, devasta y devastará a Europa en el tiempo por venir.»⁹³ Los mismos hombres impenitentes prepararían a Europa para su próxima guerra, que parecía inevitable. Por esas desavenencias, Rolland casi abandona su proyecto de colecta de firmas para la solicitud. Como último intento, reconsideró la presencia de los jóvenes intelectuales o los veteranos de guerra educados. Si ellos le fallaban, haría circular la «Declaración» sólo con su nombre a pesar del riesgo personal, «porque uno nunca debe reprimir el llanto de la conciencia, más allá de que uno sea o no sea comprendido.»⁹⁴

En una carta a Russell, Rolland hacía explícitas las razones de su intransigencia hacia los pacifistas europeos. Muchos pacifistas de preguerra –liberales internacionalistas, cristianos y socialistas antimilitaristas– se habían convertido en chauvinistas y belicistas durante el conflicto. Su retórica antibélica se había evaporado con el inicio de la *Union Sacrée*. Su pacifismo debía ser considerado con cautela a menos que pudieran dar cuenta francamente de sus giros oportunistas durante la guerra. Rolland dudaría de buena fe hasta que esas figuras pudieran probar su compromiso activo con la paz. El creía que esos «elementos de compromiso moral» podían manifestarse nuevamente tan pronto como volviera a darse una situación de emergencia nacional.⁹⁵

Rolland lamentó su fracaso en establecer un centro para el internacionalismo intelectual en un país neutral. Las mentes libres de Europa continuaban asiladas en sus propios países, «hermética-

1819; Edmund D. Morel, «Contributions from Abroad», *Foreign Affairs*, I, agosto de 1919, p. 5; la carta de Louis Untermeyer a Rolland, 28 de septiembre de 1919, y las de Stefan Zweig a Rolland del 20 de marzo de 1919, 23 de marzo de 1919, 7 de abril de 1919 y 14 de abril de 1919, todas en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale; la carta de Hermann Hesse a Rolland, 2 de mayo de 1919, en *D'une rive à l'autre. Herman Hesse et Romain Rolland. Correspondance et fragments du Journal*, París, 1972, p. 61; carta de Alain a Rolland, 29 de junio de 1919, en *Salut et fraternité. Alain et Romain Rolland*, París, 1969, pp. 79-80; carta de Jean Guéhenno a Rolland, 4 de julio de 1919, en *L'Indépendance de l'esprit. Correspondance entre Jean Guéhenno et Romain Rolland*, París, 1975, p. 15; carta de August Prenant a Rolland, junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, *op. cit.*, p. 1820; cartas de Rabindranath Tagore a Rolland, 24 de junio de 1919 y 4 de octubre de 1919, *Rabindranath Tagore et Romain Rolland. Lettres et autres écrits*, París, 1961, pp. 25-26 y 29-30.

⁸⁷ Carta de Bertrand Russell a Rolland, 7 de abril de 1919, en *Journal des années de guerre*, *op. cit.*, p. 1790.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 1791.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 1792.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 1814.

⁹¹ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 4 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, *op. cit.*, p. 1819; Russell había propuesto el 4 de mayo de 1919 revisar el tercer párrafo de la «Declaración». *Ibidem*, p. 1818.

⁹² Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 4 de junio de 1919, en *Journal des années de guerre*, *op. cit.*, p. 1819.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ Romain Rolland, *Journal des années de guerre*, *op. cit.*, p. 1820.

⁹⁵ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 23 de junio de 1919, en Archivo Romain Rolland, París, Bibliothèque Nationale.

mente cerrados» unos de otros. La lucha común era más efectiva que el combate individual. Mientras hablaba de la «mentira corrupta...que ha infectado a todo el pensamiento de Europa», dejaba ver sus propios conflictos respecto de estar o no comprometido:

No hablo de ninguna manera en contra de mis inclinaciones. Soy una persona solitaria que ama vivir lejos de las ciudades y de la acción, cerca del arte y de la naturaleza. Distintas circunstancias me han obligado y no estoy contento con ello. Pero al menos me gustaría comprometerme con la ayuda a los jóvenes «trabajadores de la mente» de Europa y América (y de otros países) para multiplicar las ocasiones para reunirse, para discutir en conjunto, para cooperar en lo posible con proyectos conjuntos, para que puedan prepararse para los nuevos huracanes que vemos acumularse en el horizonte.⁹⁶

En 1919 el compromiso de Romain Rolland era claramente más cultural que político. Comenzó su trayecto de posguerra con la perspectiva de que la acción y el espíritu, la política y la moral, y la lucha colectiva y la individual, podían ser fusionadas. Sus escritos glorificaban la fraternidad humana, los ideales pan-humanísticos y la tenacidad moral de aquellos actores y testigos con una consciencia ética reconocida. Escribió para inspirar a sus lectores con las metas que él consideraba trascendentales y eternas. Así, se incluía en la antigua tradición francesa de la figura del moralista. A pesar de sus oponentes, Rolland tendía a atribuir al sacerdocio intelectual cualidades y funciones divinas.

Los escritos de Romain Rolland a lo largo de 1919 fueron de tono opositor. Incitaba a los intelectuales a protestar contra el mal concebido y vengativo Tratado de Versalles, a repudiar todas las formas de imperialismo y de nacionalismo manifiesto o latente, insistiendo en su versión informal y extrajurídica del internacionalismo, reabriendo el diálogo entre todos, dando los primeros pasos hacia una internacional de la mente. Vinculó una mirada rudimentariamente pacifista con la posición individualista, secular e idealista de occidente. Por sobre todo, quiso demostrar que la perspectiva antibélica no se aplacaría con la victoria aliada, y que podría diferenciarse de las posiciones liberales, bolcheviques y socialistas.

De este modo, muchos aspectos del compromiso de Romain Rolland con su realidad sociopolítica contemporánea viraron hacia lo concreto, pese a que el lenguaje continuara siendo abstracto y distante. Rolland escribió a su confidente en tiempos de guerra y luego biógrafo, Pierre-Jean Jouve, que «la única acción fecunda que podemos hacer en este momento deberá ser lenta, tenaz, deliberada.»⁹⁷ La acción creativa y la tranquila meditación presuponían una mente limpia y comprender el proceso de ceder ante los últimos cambios culturales. La intercesión política era evanescente y de dudosa eficacia.

Romain Rolland reconocía que era urgente y que los distintos abu-

sos requerían de un intelectual comprometido y preocupado con lo inmediato, cuando no de su intervención activa. El fin de la guerra no había significado el fin de la injusticia social, la opresión política, la explotación económica y la exclusión cultural. Muchas batallas debían ser dadas.

Durante 1919, Rolland estuvo al mismo tiempo comprometido y distante. Si continuó haciéndole frente a las causas centrales de su presente, fue siempre en nombre de los más altos valores humanistas. Se movió desde una posición del «Buen Europeo» hacia una visión planetaria. El sentimiento oceánico de Romain Rolland lo habilitaba para asumir posiciones públicas, muchas veces radicales y hasta militantes, usualmente impracticables, más allá del tiempo, el espacio, la causalidad y la particularidad. Su misticismo oceánico le indicaba cómo la parte se fundía en el todo, y lo prevenía ante la posibilidad de abandonarse a un estado de inutilidad. Así, continuó luchando sin esperar un resultado favorable, siempre teniendo a la humanidad en el centro de su mirada comprometida:

Lo que me salva de las últimas desilusiones es que siempre puedo escaparme del presente; ya sea por costumbre, o por naturaleza, mi mente se embarca en los grandes espacios — los siglos y el mundo completo. La inspiración requiere de la calma, extensa, de ritmo constante —un ritmo apropiado—, que doblega a la fiebre. Creo que debemos acostumbrarnos a esa gran amplitud; la gigantesca crisis mundial, en la que estamos metidos, no admite velocidad; falta un siglo, quizás más, para corregirla; no veremos su fin; pero déjenos que la marquemos con el ritmo de nuestros pulsos; dejen que nuestro pensamiento secular haga algo... Dejen que cada uno de nosotros sea el Hombre.⁹⁸

[Traducción de Ezequiel Grisendi y Martín Berge]

⁹⁶ Carta de Romain Rolland a Bertrand Russell, 16 de marzo de 1920, en *Un Beau Visage à tous sens*, *op. cit.*, pp. 162-163.

⁹⁷ Carta de Romain Rolland a Pierre-Jean Jouve, 9 de junio de 1919, *cit. en* Jouve, *op. cit.*, p. 263.

⁹⁸ Carta de Rolland a Pierre-Jean Jouve, 9 de junio de 1919, *cit. en* Jouve, *op. cit.*, pp.262-263.

Stefan Zweig: profeta de la nación brasileña*

Afrânio Garcia Jr.

Victor Karady es un cientista social que, a mi criterio, encarna al intelectual cosmopolita, practicante de un internacionalismo sin fallas. Esta admiración viene también de mi condición de inmigrante intelectual: la generosa solidaridad con los recién llegados en los países de Europa occidental es algo para destacar incluso cuando los extranjeros se convierten en referencia obligada en la explicación de las trayectorias de los autores intelectuales que pertenecen al panteón intelectual de los centros culturales hegemónicos, como es el caso de sus investigaciones históricas sobre los orígenes y modos de funcionamiento de la escuela de pensamiento sociológico conformada en torno a Emile Durkheim. Como Karl Polanyi (1886-1964), quien transformó la percepción de los historiadores ingleses de la revolución industrial e instauró el debate en los Estados Unidos sobre el carácter instituido del «sistema de mercado formador de precios», Victor Karady ha logrado ofrecer un punto de vista desencantado del emprendimiento pionero de los durkheimianos, permitiendo una mejor comprensión de su proyecto científico y la edición de textos desconocidos, incluso en Francia. Esa capacidad de revertir el desfavorable destino de la emigración impuesto por las circunstancias nos lleva a preguntarnos si la virtud de transformar «un impedimento en una ventaja» no tiene orígenes húngaros. Las marcas de su 'proximidad distante' con Francia se manifestaron desde la llegada a este país, después de dejar su Budapest natal, cuando los tanques rusos aplastaron la insurrección de 1956. ¿Será su cosmopolitismo una forma de renacimiento en un universo desconocido, pero que mantiene las posibilidades de hacer revivir los vínculos y las expectativas suscitadas por el universo de origen, que todo inmigrante no puede nunca sofocar? Lo que es cierto y seguro es que Víctor Karady ha demostrado que la condición de extranjero podía armoni-

zarse con el proyecto de construcción del conocimiento más universal. El presente estudio trata de seguir las huellas de sus cuestionamientos para entender la génesis de la valoración del lazo nacional y las transformaciones del espacio político e intelectual que acarrea.

Brasil, país del futuro es el título de un libro de Stefan Zweig destinado a ser una representación colectiva de la nación; todas las generaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial han conocido desde la infancia esta expresión divulgada por los manuales escolares, cuyo eco sostenía la esperanza de ver un moroso pasado, asociado a la esclavitud y a la colonización predatoria, transmutado en el florecimiento de una colectividad gestionada de manera democrática y dotada de poderío económico. Una suerte de presagio que se deseaba ansiosamente ver materializado, y cuyo origen estaba más allá de todo cuestionamiento. Sin embargo, al concentrar la atención en el autor de la fórmula y en las condiciones de su inmediato éxito, nos encontramos con una serie de enigmas interrelacionados. ¿Cómo es posible que un escritor europeo tan reconocido, uno de los autores más vendidos del período de entreguerras, apóstol, si los hay, del individualismo y del pacifismo, opositor de los nacionalismos que dieron pie a guerras asesinas, haya podido redactar una obra que fue leída como un elogio del nacionalismo cultural brasileño promovido por el régimen de Vargas en su etapa más autoritaria? ¿Cómo explicar este libro absolutamente único dentro de su prolífica obra, más bien consagrada a la poesía, al teatro, a las novelas y a las biografías? De hecho, el volumen fue publicado en Río de Janeiro el 1 de agosto del 1941 por la editorial Guanabara de Abrahao Koogman con el apoyo de la Dirección de Prensa y Propaganda (DIP) creada por el dictador. Siete meses después, el 23 de febrero de 1942, Zweig se suicidaba en compañía de su mujer, Charlotte Altman, en Petrópolis. ¿Estaría realmente convencido del destino prometedor que su profecía contribuiría a erigir? ¿Puede este asunto reducirse a un nuevo complot organizado por los regímenes autoritarios?

* La versión original de este artículo fue publicada en el número especial de los *Cahiers d'études hongroises* dedicado a homenajear a Víctor Karady en ocasión de su retiro como investigador del CNRS de Francia (Afrânio García, «Stefan Zweig, prophète de la nation brésilienne», *Cahiers d'Études Hongroises*, n° 14, Paris, L'Harmattan, 2006, pp. 69-84).



La sociología de las condiciones de existencia y de difusión de esta obra, tal como siempre la ha practicado Víctor Karady —en sintonía con el proyecto científico de Pierre Bourdieu—, permite comprender mejor los aspectos intelectuales, sociales y políticos encerrados en este episodio, incluido el interés de los distintos protagonistas por no esclarecer sus malentendidos.¹ La exhibición de la máscara mortuoria de Stefan Zweig, en la vitrina de una librería brasileña, me conmocionó particularmente. ¿Acaso la valorización de la colectividad nacional se habría servido de la prueba del sufrimiento del prójimo para alabar los méritos de cierta literatura? ¿Seremos los herederos de violencias de las cuales ignoramos casi todo, incluso su propia existencia? Zweig concluyó su autobiografía en 1941 en Brasil, aunque recién fue editada en 1944, dos años después de su muerte trágica. Allí señala, desde el principio, de qué forma las fuerzas en guerra consteñían sus posibilidades de narrar su propia vida:

Soy consciente de las circunstancias adversas, pero sumamente características de nuestra época, en cuyo marco intento plasmar estos recuerdos míos. Los escribo en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a mi memoria. En mi habitación de hotel, no dispongo de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de una carta de amigo. No puedo ir a buscar información a ninguna parte porque la censura ha interrumpido o ha puesto trabas a la correspondencia en todo el mundo. Vivimos ahora tan aislados como hace siglos, cuando aún no se habían inventado los barcos de vapor, los trenes, los aviones y el correo. De modo que no guardo de mi pasado más que lo que llevo detrás de la frente. En estos momentos, todo lo demás me resulta inaccesible o, incluso, perdido.²

Este aislamiento, correlativo de la situación de extranjería, no lo lleva al camino de la introspección y la intimidad, como en tantas novelas suyas, sino a buscar lo que en su propio destino procedía del de toda su generación:

Tampoco será *mi* destino el tema de mi narración, sino el de toda una generación, la nuestra, la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia (...). Nosotros, en cambio, los que hoy rondamos los sesenta años y *de iure* aún nos toca vivir algún tiempo más ¿qué no hemos visto, no hemos sufrido, no hemos vivido? Hemos recorrido de cabo a rabo el catálogo de todas las calamidades imaginables (y eso que aún no hemos llegado a la última página). Yo mismo, por ejemplo, he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad, y

cada una de ellas la viví en un bando diferente: una en el alemán y otra, en el anti alemán. (...) Por mi vida han galopado todos los corceles amarillentos del Apocalipsis, la revolución y el hambre, la inflación y el terror, las epidemias y la emigración; he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea.³

Brasil, con toda evidencia, no constituía un refugio protector que permitiera el olvido de las tragedias de las cuales había sido testigo o protagonista; avivó el deseo del examen reflexivo sobre su propia existencia y le permitió tal vez tomar cierta distancia ante las urgencias por asegurarse la supervivencia. El que había celebrado las virtudes del individualismo se veía obligado a expresar el carácter insoportable de las cadenas de interdependencia creciente entre los individuos de todo el planeta:

Cuando las bombas arrasaban las casas de Shanghai, en Europa lo sabíamos, sin salir de casa, antes de que evacuasen a los heridos. (...) No había país al que poder huir ni tranquilidad que se pudiese comprar; siempre y en todas partes, la mano del destino nos atrapaba y volvía a meternos en su insaciable juego.⁴

Todos los hilos conductores que daban sentido a lo que se llama «una vida» parecían haberse desplomado al abrirse las hostilidades en Europa. Dar testimonio de estas observaciones, de sus esperanzas, de sus esfuerzos por entender lo que estaba pasando, es lo que quedaba por hacer para legar a las generaciones siguientes una percepción del mundo de ayer:

Así, pues, no actúo gratuitamente cuando acabo de momento esta mirada retrospectiva sobre mi vida en una fecha determinada. Es que aquel día de septiembre de 1939 pone punto final definitivo a la época que formó y educó a los que ahora tenemos sesenta años. Pero si con nuestro testimonio logramos transmitir a la próxima generación aunque sea una pavesa de sus cenizas, nuestro esfuerzo no habrá sido del todo vano.⁵

De hecho, la residencia en el Brasil, aunque fuese provisoria, parecía poco probable si uno se sitúa en una época anterior a los años 1930. Menos probable aún si se la elegía como objeto intelectual o como simple curiosidad. La introducción de **Brasil, país de futuro**, vuelve sobre las imágenes suscitadas por la evocación de ese país antes de viajar allí en 1936, después de haber aceptado viajar a la Argentina por invitación del PEN Club. Hay que resaltar que las obras de Stefan Zweig empezaron a traducirse al portugués y publicarse en el Brasil en 1932, el mismo año en el que empezaron a inquietarlo, incluso a perseguirlo, en su tierra natal, Austria. Las persecuciones y amenazas en Europa,

¹ Cfr. Pierre Bourdieu, «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 3-8 [hay traducción castellana en Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999]; Víctor Karady «Les Juifs et les Etats-nations dans l'Europe contemporaine (XVIII-XIX siècles)», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 118, juin 1997, pp. 28-54; Víctor Karady, «La migration internationale des étudiants en Europe 1890-1940», *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 145, décembre 2002, pp. 47-60.

² Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* [trad. de Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek], Barcelona, Acanalado, 2008, p. 15.

³ *Ídem*, pp. 9 y 12-13.

⁴ *Ídem*, p. 14.

⁵ *Ídem*, p. 15.

que se aceleraron con la subida del nazismo, van a obligar a incluir en la cartografía del escritor cosmopolita a un país clasificado, aún en 1941, como *terra incognita* desde el punto de vista de su producción intelectual, precisando incluso que su desconocimiento sería «tanto como lo fue en el sentido geográfico para los primeros navegantes». ⁶ ¿Qué visión estereotipada marcaba la percepción del Brasil de los residentes de las grandes potencias del hemisferio norte?

Tenía yo la presuntuosa idea media del europeo o norteamericano respecto al Brasil, que ahora me esfuerzo por reconstruir: cualquiera de las repúblicas sudamericanas, que no se distinguen claramente una de otra, con un clima cálido y malsano, condiciones políticas revueltas y finanzas disolutas, negligentemente administrada, y sólo medianamente civilizada en las ciudades costeras, pero de muy hermoso paisaje y grandes posibilidades inexploradas; un país, pues, a propósito para emigrantes desesperados o colonos, pero de ningún modo un país del que pudiera esperarse un aliciente intelectual ⁷

Fue entonces el derrumbe del marco de su existencia cotidiana lo que lo impulsó a ampliar sus horizontes hacia otros universos sociales y culturales. Todo cosmopolitismo de nacimiento tiene como fundamento el pasado de poder del espacio político de la familia de origen, o la riqueza económica, social e intelectual del linaje. El examen del recorrido social e intelectual de Stefan Zweig saca a la luz los recursos movilizados en su oficio de escritor y las bases de acumulación de su notoriedad como artista y como mecenas promotor de las vanguardias. Su itinerario parece fungir como un formidable revelador de la decepción de los científicos y artistas de Viena, nacidos bajo el Imperio de los Habsburgo, que apostaron a los beneficios del liberalismo político y a la creatividad artística y los descubrimientos científicos todopoderosos, más tarde condenados a asistir, sin saber cómo reaccionar, al ascenso de las fuerzas totalitarias y antisemitas (como han mostrado tan sutilmente las notables investigaciones de Carl Schorske y Michael Pollack). ⁸ En un breve resumen de su itinerario personal, Stefan Zweig no duda en hablar de suicidio al referirse a su espacio de pertenencia afectiva, Europa:

Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso –la monarquía de los Habsburgos–, pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas; huésped, en el mejor

de los casos. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas. ⁹

Desaparecida la imagen benévola del titular de la monarquía de los Habsburgo, sometida la Viena natal al Tercer Reich, bajo las órdenes de un Führer de origen austríaco, quemados sus libros en la plaza pública como en la época medieval, sólo le quedan a Zweig los recuerdos de un mundo lleno de promesas. La vocación de escritor, adquirida en una edad precoz, podía dar libre curso a sueños de emancipación en ámbitos antiguamente considerados como sagrados, pero su ejercicio no lo guardaba del camino a una posible bestialidad bajo los ropajes de una ideología política. Conclusión: «Para mi profundo desagrado, he sido testigo de la más terrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad de cuantos caben en la crónica del tiempo». ¹⁰

El análisis de su trayectoria permite entender cómo ese desamparo se acompañaba de un capital simbólico susceptible de interesar al gobierno de Getúlio Vargas: de **Brasil, país del futuro** salieron 100.000 ejemplares sólo en su edición brasileña; ya desde 1941, en plena guerra, la obra fue traducida y/o publicada en otros cinco idiomas: alemán, español, francés, inglés y sueco. Ningún escritor brasileño de esa época hubiera realizado tal proeza.

I. La precocidad del heredero

Stefan Zweig nació en Viena en 1881 en el seno de una familia de la burguesía judía que, como señala Carl Schorske, constituía uno de los sectores más fieles a la monarquía católica de los Habsburgo y a la política de modernización que promovió. Su testimonio brinda una descripción objetiva:

Mis padres (...) eran gente acomodada que poco a poco fue haciéndose rica, incluso muy rica, y eso, en aquella época, era un buen colchón para asegurar paredes y ventanas. Su forma de vida me parece tan típica de la llamada «buena burguesía judía» (la burguesía que hubo de dar a la cultura vienesa valores tan esenciales y que, como contrapartida, hubo de ser totalmente exterminada) que, con este informe sobre su existencia cómoda y silenciosa, narro en realidad algo impersonal: al igual que mis padres, diez o veinte mil familias de Viena llevaron la misma vida en aquel siglo de valores asegurados. ¹¹

El abuelo se dedicaba al negocio de productos industriales que permitió a su padre crear una fábrica de tejidos en Bohemia; por su amplia prosperidad fue calificado por su hijo de «gran industrial». La familia de su madre tenía conciencia de gozar de un rango más elevado aún que la de su padre, especialmente gracias a su implantación internacional en la red de grandes banqueros:

⁶ Zweig, Stefan, **Brasil, país del futuro**, Buenos Aires, El Aleph, 1999, p. 7.

⁷ *Ídem*, pp. 6-7.

⁸ Carl Schorske, **Vienne, fin de siècle**, Paris, Seuil, 1983 [hay traducción castellana: **La Viena de fin de siglo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011]; Michael Pollak, **Vienne 1900, une identité blessée**, Paris, Gallimard Julliard, 1984.

⁹ Zweig, Stefan, **El mundo de ayer**, *op.cit.*, p. 10.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ *Ídem*, p. 22.

Los Brettauer (...) pronto se habían dispersado por el mundo desde Hohenems, un pueblecito de la frontera suiza, siguiendo el modelo de las grandes familias banqueras judías, aunque, claro está, en dimensiones mucho más pequeñas (...) En este círculo familiar ya no existían pequeños comerciantes ni corredores de bolsa, sino sólo banqueros, directores, catedráticos, abogados y médicos; todos hablaban más de una lengua, y recuerdo la naturalidad con que en casa de la tía de París, durante las comidas, se pasaba de una a otra indistintamente. Era una familia muy «apegada a sí misma» (...). Este orgullo de pertenecer a una «buena familia» era inextirpable en todos los Brettauer.¹²

Entre 1887 y 1900 Zweig hizo sus estudios primarios y secundarios en Viena y después de recibirse de bachiller hizo su primer viaje a París. Sus comienzos como escritor datan de antes del fin del secundario, época en la cual ya publicaba poemas en revistas literarias. Su primera recopilación de poemas se publicó en Berlín en 1901. Esa precocidad obedecía a la comodidad económica de su familia y a la importancia dada por esas familias judías a la inversión intelectual. Es probable que, por ser hermano menor, haya encontrado mayores facilidades para dedicarse a los placeres intelectuales que su hermano mayor, Alfred, que sucedió a su padre en la administración de sus negocios; pero más importante para explicar su vocación de escritor parece haber sido el deseo de las grandes familias judías de emanciparse de su estatuto de inferioridad a través del reconocimiento de individuos dotados de talento y de una cultura universal. Lo que fue típico de su trayectoria, la utilización de su riqueza económica para hacerse camino en una carrera artística o de mecenas protector de las artes nuevas, resultó la realización del propósito más secreto y fundamental de los judíos como comunidad de destino. De allí que, a los sesenta años, el escritor que defendía desde su juventud un individualismo sin restricciones pudiera reconciliarse con sus orígenes de grupo estigmatizado que lo hizo todo para trascender su situación inicial:

En opinión generalmente aceptada, la verdadera y típica finalidad de la vida de un judío consiste en hacerse rico. Nada más falso (...) No se debe a una casualidad el que un lord Rothschild llegase a ser ornitólogo, un Warbug, historiador del arte, un Cassirer, filósofo, y un Sassoon, poeta; todos cedieron al mismo impulso inconsciente de liberarse de lo que un judaísmo estrecho de miras había limitado al mero y frío ganar dinero (...) «Buena» familia significa, pues, algo más que un elemento puramente social que ella misma se otorga con este calificativo; significa un judaísmo que se ha liberado o empieza a liberarse de todos los defectos, las mezquindades y pequeñeces que el gueto le había impuesto, a fuerza de adaptarse a otra cultura y, si era posible, a una cultura universal.¹³

De 1900 a 1904, cursa filosofía y estudios germánicos y románicos en la universidad de Viena. En julio de 1904 defiende su tesis de doctorado en filosofía con un trabajo sobre Hippolyte Taine;

en sus años de juventud parece haberse dedicado más a frecuentar la bohemia literaria, acercándose a pretendientes de orígenes sociales y geográficos muy diversos, sin sentir necesidad de profundizar los conocimientos de un ámbito especializado con el objeto de afirmarse profesionalmente. De hecho, su reconocimiento como hombre de letras tuvo lugar muy tempranamente. Envío una obra poética al diario **Neue Freie Presse**, «el cual, por su posición distinguida, por sus esfuerzos en favor de la cultura y por su prestigio político, significaba para toda la monarquía austro-húngara lo mismo que, poco más o menos, el **Times** para el mundo inglés y el **Temps** para el francés.»¹⁴ Theodor Herzl, entonces crítico y responsable –antes de dedicarse por completo a la causa sionista–, aceptó de inmediato el artículo presentado. Fue el comienzo de una amistad larga y duradera. Zweig nunca olvidó ese gesto del crítico preferido de los vieneses que permitió acelerar su reconocimiento literario:

Gracias a él, de la noche a la mañana yo había ascendido, a los diecinueve años, a una posición prominente, y Theodor Herzl, que desde aquel momento me trató con bondad y afecto, aprovechó en seguida una ocasión casual para escribir, en uno de sus ulteriores artículos, que no había motivos para creer en la decadencia del arte en Viena. Todo lo contrario, junto a Hofmannsthal, había ahora una retahíla de jóvenes talentos de los que cabía esperar lo mejor, y mencionaba mi nombre en primer lugar¹⁵

Viajó por toda Europa, empezando por Berlín, y luego París, Londres, Bruselas, algunas ciudades de España y de Italia. Se dedicó entonces a la traducción de poesía, novelas, y obras de teatro, y en general a la crítica literaria, todos medios de «ejercitación» – como él mismo calificó esos años de diletantismo literario financiados por su situación familiar. Se dedicó en especial al teatro, actividad cultural que, como recuerda Michael Pollak, ocupaba el primer plano de la escena de Viena, y en 1905 ó 1906 concibió la obra «Thersite», aceptada por el Teatro Real de Berlín. La muerte del actor principal, seguida por otras peripecias con grandes actores austríacos, postergó su consagración como autor para el año 1912 con la obra «La Casa de la orilla del mar». De esa forma, en 1914, antes de que fuera movilizado como oficial de tropas del Imperio Austrohúngaro, su fama como hombre de letras ya se había establecido, tanto como poeta y autor de cuentos y biografías, como de obras de teatro y ensayos. Había viajado también a Argelia, a la India y a los Estados Unidos, pero al parecer Sudamérica como continente no le suscitaba un interés particular, ni por sus paisajes, ni por su cultura. El universalismo de sus afanes literarios no integraba al continente sudamericano en su perímetro.

Durante la guerra de 1914, se alistó como voluntario y fue destinado a los Archivos imperiales de la guerra, en el «grupo literario» que se ocupaba del servicio de prensa y de las actividades de propaganda. Hacia 1912 conoce a Friderike von Winternitz (1882-1971). La pareja se constituye durante la guerra, y vive en una casa

¹² *Ídem*, pp. 27-28.

¹³ *Ídem*, pp. 29-30.

¹⁴ *Ídem*, pp. 136-137.

¹⁵ *Ídem*, pp. 144-145.

en los suburbios de Viena, en una relación que concluye en matrimonio en enero de 1920. Gracias a su capital social, ni sus actividades literarias ni su vida íntima sufrieron demasiadas interrupciones, hasta la derrota germánica en 1919. El 1 de diciembre del 1914, señalaba en su diario:

Presentación en los Archivos de guerra. Me han confiado un trabajo realmente muy agradable que me satisface. No una tarea subalterna o de segundo orden, sino un verdadero trabajo. Esperemos que lo lograré! Vestido con el uniforme por primera vez hoy, sentimiento ajeno, a pesar de todo. Uno se siente un poco ridículo con un sable del cual uno no se sirve.¹⁶

En 1917, concluye su largo poema «Jeremías», presentado en el teatro en 1918. Viaja entonces a Suiza para participar en una serie de conferencias, y conoce a Romain Rolland, quien abrigaba convicciones pacifistas. Los horrores y las matanzas de la Primera Guerra Mundial dejaron una profunda huella en Zweig. Su pacifismo se alimentó de la proximidad de los combates mortíferos, seguramente informado de las masacres de la guerra de trincheras, pero lo suficientemente alejado como para no padecer amenazas directas.

En todo caso hemos de observar que su obra posterior conlleva la marca de esa experiencia dolorosa, no tanto en relatos o análisis de enfrentamientos armados, como en obras como **Castello contra Calvín** (1935) o **El triunfo y la tragedia de Erasmo de Rotterdam** (1934), alegatos a favor de la tolerancia frente a la diferencia radical de ideales y concepciones del mundo. No se trata aquí de examinar esa parte de su obra literaria. Para nuestro propósito central basta constatar que de 1919 a 1932, fecha en la cual su editor en Brasil —Abraham Koogman— le escribe una carta proponiéndole traducirlo, su prestigio literario ha alcanzado su apogeo. Al final de la guerra, en marzo de 1919, se aleja de Viena y se va a vivir a Salzburgo, donde vive con Friderike y sus hijas después de su casamiento. Tomar distancia de «mis queridos amigos, debido a nuestras opiniones divergentes durante la guerra» le procuró la tranquilidad necesaria para su «trabajo [que] siempre y en cualquier lugar sacó provecho de esta vida retirada»; pero sería un error creer que ese período es uno de aislamiento: muy por el contrario, desarrolla entonces una intensa actividad epistolar, que se complementa con frecuentes viajes por toda Europa y, sobre todo, por la acogida en su hogar de los intelectuales más prometedores o de vanguardia. La casa de Salzburgo funcionó así como un salón prestigioso. Su notoriedad se debía tanto a sus obras como a su posición de mediador entre individuos, círculos y tendencias artísticas y eruditas, y a su vocación por tejer los hilos del debate constitutivo de la República de las Letras a escala europea. De allí en más, los que iban a verlo a Salzburgo constituían la prueba más segura de su notoriedad internacional y de su papel de corredor bien informado del mercado de los valores en alza o en baja. Aunque lejos de los salones y de los cafés de la Viena de antaño,

Nuestra casa de Kapuzinerberg se volvió una casa europea. ¿Quién no ha sido hospedado ahí? Nuestro libro de oro lo podría certificar mejor que el recuerdo solo, pero este libro también, con la casa y tantas otras cosas, quedó presa de los nacional-socialistas. ¿Con quiénes no hemos pasado ahí horas cordiales, contemplando desde la terraza el hermoso y apacible paisaje, sin sospechar que justo en frente, sobre la montaña de Berchtesgaden estaba el hombre que iba a destruir todo eso? Romain Rolland se quedó en nuestra casa, y Thomas Mann; entre los escritores Van Loon, James Joyce, Emil Ludwig, Franz Werfel, Georg Brandes, Paul Valéry, Janes Adams, Schalom Asch, Arthur Schnitzler fueron nuestros huéspedes, acogidos con toda amistad; entre los músicos, Ravel y Richard Strauss, Alban Berg, Bruno Walter, Bartók, sin hablar de los pintores, actores, eruditos venidos de todos los puntos de la rosa de viento. ¿Cuántas buenas y claras horas de conversación nos traía el soplo de cada verano?¹⁷

El indicio más significativo de su posición de vocero acreditado de la comunidad intelectual europea es sin dudas el discurso pronunciado en los funerales de Sigmund Freud, el 26 de septiembre de 1939; el otro orador fue Ernst Jones, en nombre de los círculos de psicoanalistas. Es verdad que se frecuentaban y que, en 1908, comenzó una correspondencia bastante periódica, nutrida sobre todo por los envíos de libros de Zweig seguidos de comentarios de Freud.¹⁸ Stefan Zweig publicó incluso una biografía del fundador del psicoanálisis, fríamente recibida por el maestro. No fue reconocido como un pensador que podía sopesar la innovación científica introducida por Freud, sino más bien como el escritor famoso que podía atestiguar el impacto de sus descubrimientos en todos los ámbitos del conocimiento y en las transformaciones del sentido común: «Ese extraordinario descubrimiento del alma humana vive, como una leyenda imperecedera, en todos los idiomas y en el sentido más literal, porque acaso ¿hay un idioma que podría pasarse, privarse de los conceptos, de los vocablos, que arrancó al crepúsculo del inconsciente?».¹⁹

Las teorías de Freud sólo podían ser percibidas por un hombre de letras del tipo de Zweig como una invitación a agudizar la mirada a fin de sondear los misterios de la vida íntima, incluidos los de los grandes personajes cuyos nombres se recuerdan en la memoria colectiva o la historiografía. El trabajo minucioso que solía preceder a la escritura de sus biografías, como por ejemplo la consagrada a **María-Antonieta** —y sin que ello signifique pretensión alguna por convertirse en historiador—, tal vez se vinculaba a una búsqueda por acceder a detalles capaces de develar la trama de motivaciones y actos íntimos que explicarían mejor ciertos comportamientos cuya lógica comúnmente está vedada al entendimiento. En todo caso, por su vocación por atender a su sociabilidad inmediata y por el sentido mismo que le asigna a su trabajo literario, parece haber sido poco sensible a las dimensio-

¹⁶ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, Paris, Stock, 1994, p. 64.

¹⁷ Stefan Zweig, **El mundo de ayer**, op. cit., pp. 437-438.

¹⁸ Cfr. Sigmund Freud y Stefan Zweig, **Correspondance**, Paris, Payot et Rivages, 1995.

¹⁹ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, op.cit., p.157.

nes propiamente sociales de la evolución histórica; en la anterior cita, se puede observar el dolor de quien ha percibido demasiado tarde, por detrás de la felicidad de las conversaciones intelectuales de los días de verano, la llegada al poder de Adolfo Hitler. El retorno de lo reprimido, en este caso, se debía sencillamente al encadenamiento de actos interdependientes, como dice Norbert Elías. Las persecuciones y las amenazas padecidas ya a principios de 1930, que lo llevarán a buscar refugio en el Brasil, se sintieron tanto más en la medida en que Zweig no se había percatado del entrelazamiento de acontecimientos que transformaron la llegada del nazismo en una ola irresistible. Al igual que lo ocurrido con su amigo Sigmund Freud, la disección de los mecanismos del alma humana no lo protegió contra una violencia que lo empujó hacia el camino inexorable del exilio.

II. El Europeo apátrida

El año 1932 marca un giro en la recepción de los libros de Stefan Zweig que anuncia un brutal cambio entre el autor y sus lectores. Su prestigio internacional era tal que un joven editor de Río de Janeiro, Abrahao Koogman, muy vinculado con la comunidad judía europea que emigró al Brasil, le envió una carta proponiéndole un plan sistemático de publicación de sus obras. Era el principio de un vínculo comercial y, posteriormente, de una amistad que perduraron hasta la muerte de Zweig, y que fueron esenciales en las disputas vinculadas a los funerales y al cumplimiento de disposiciones testamentarias diez años más tarde. Por otra parte, el antiintelectualismo de los nazis llegó hasta la quema de libros en plazas públicas; nuestro autor no pudo evitar esa suerte. Desde esa época hasta 1938, sus libros fueron publicados en Austria, en la editorial Herbert Heichener. Pero la edición de **Brasil, un país del futuro**, fue la obra de un editor alemán que se hallaba instalado en Estocolmo, Suecia. La llegada masiva de sus libros al Brasil coincidió con el anatema pronunciado en Alemania y luego en Austria; como lo señalan sus memorias, una cosa podía difícilmente compensar la otra, en particular porque la pérdida concernía a quienes lo leían en su idioma materno, la lengua de composición de todas sus obras. Todos sus esfuerzos centrados en la valoración del alemán como idioma de expresión literaria y acumulación de conocimientos, de acuerdo con sus predecesores o algunos de sus contemporáneos, quedaban repentinamente devaluados. La imposibilidad de un retorno a la tierra natal cambió por completo el sentido y los sentimientos que acompañaban sus viajes; las fronteras nacionales dejaban huellas aún en alguien para quien transponerlas sin cesar, a fin de afirmar el universalismo de su marco de reflexión, había sido una cuestión fundamental.

En 1934, durante la requisa de su casa de Salzburgo por la policía, se dio cuenta de que, en el futuro, las persecuciones no harían más que aumentar. El pretexto policial revelaba el hecho de que los escritores como él eran enemigos: los policías venían a embargar un escondite de armas después de un ataque de la Wehrmacht con ametralladoras y cañones en los barrios obreros de Viena. Para Stefan Zweig, «la última vez que la democracia

europea se defendió así del fascismo fue en España.»²⁰ Al día siguiente, en Salzburgo,

mientras todavía estaba leyendo en la cama, llamaron a la puerta; nuestro bueno y anciano sirviente (...) apareció con la cara descajada. Me dijo que tenía que bajar, que habían venido unos señores de la policía para hablar conmigo (...) Me esperaban allí cuatro policías de paisano, los cuales me comunicaron que tenían orden de registrar la casa; les tenía que entregar en el acto las armas de la Alianza Defensiva Republicana que tuviera escondidas (...) Tras aquella visita oficial mi casa dejó de gustarme y tuve el presentimiento de que aquellos episodios no eran sino el tímido prelude de intervenciones de mayor alcance. Aquella misma tarde empecé a empaquetar los papeles más importantes, decidido a vivir en adelante en el extranjero (...) Sin informar de mi propósito a ningún amigo ni conocido, dos días más tarde emprendí viaje a Londres.²¹

De hecho, Zweig se fue solo, ya que su esposa Friderike y su familia siguieron residiendo en la misma casa. Hay que observar que ese incidente se produjo antes de que los nazis se hicieran con el poder en Austria. Desde esa partida de su país natal, los viajes se multiplicaron y cambiaron de sentido. Sintiendo víctima de las persecuciones nazis, Zweig amplió el horizonte de sus contactos internacionales. Esa preocupación es la que puede explicar su visita al Brasil en 1936. Tal como lo formuló en sus memorias:

Viví aquellos años en Inglaterra sólo físicamente, no con toda el alma. Y fue precisamente la inquietud por Europa, esa dolorosa inquietud que nos destrozaba los nervios, lo que, en los años entre la toma del poder por Hitler y el estallido de la Segunda Guerra Mundial (...) Un ciclo de conferencias a lo largo y ancho de los Estados Unidos me ofreció la grata oportunidad de ver este inmenso país en toda su diversidad y, a la vez, unidad, de este a oeste y de norte a sur. Pero quizá fue todavía más fuerte la impresión que me causó América del Sur, adonde acepté viajar de buen grado a raíz de una invitación al congreso del PEN Club Internacional; nada me pareció tan importante en aquel momento como reforzar la idea de la solidaridad espiritual por encima de países y lenguas (...) Cuando, al cabo de unas horas de parada, el barco desatracó de nuevo, corrí a mi camarote. Me resultaba demasiado doloroso seguir viendo ese hermoso país que había caído víctima de una horrible desolación por culpa de otros; Europa me parecía condenada a muerte por su propia locura, Europa, nuestra santa patria, cuna y Partenón de nuestra civilización occidental.²²

La experiencia del Congreso en la Argentina y la estadía en el Brasil como huésped oficial de Getulio Vargas, entonces presidente electo después del establecimiento de la Constitución de

²⁰ Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, op.cit., p. 483.

²¹ *Idem*, pp. 486-487 y 488-489.

²² *Idem*, pp. 497-498 y 500.

1934, se inscribieron en el proyecto de hacer renacer la esperanza de una Europa de libertades mucho más allá de sus fronteras físicas: «Deberíamos empezar a pensar, me decía a mí mismo, ya no sólo a la europea, sino mirando más allá de Europa; no deberíamos enterrarnos en un pasado moribundo, sino participar en su renacimiento».²³

Redactadas probablemente en el Brasil, esta parte de sus memorias condensa el argumento central del elogio realizado en **Brasil, país del futuro**. Las teorías raciales no tenían allí sustento alguno como ocurría en Europa, el territorio era tan inmenso y deshabitado que podía permitir la inmigración de los perseguidos en Europa para desarrollar una civilización nacida en el hemisferio norte. Después de expresar un juicio favorable de la Argentina, Stefan Zweig comparaba las condiciones de vida en América del Sur y en Europa:

Una impresión no menos imponente, una promesa no menor, supuso para mí Brasil (...) aquí, el embrutecimiento que trajo consigo la Primera Guerra Mundial no ha penetrado todavía en las costumbres, en el espíritu de las naciones; aquí los hombres viven más pacífica y educadamente que entre nosotros, menos hostil que entre nosotros es el trato entre las diferentes razas; aquí el hombre no ha sido separado del hombre por absurdas teorías de sangre, raza y origen; se tenía el singular presentimiento de que aquí todavía se podía vivir en paz; aquí el espacio, por cuya mínima partícula luchaban los estados de Europa y lloriqueaban los políticos, estaba preparado, en una abundancia inconmensurable, para recibir el futuro (...) aquí se podía continuar y desarrollar en nuevas y grandiosas formas la civilización que Europa había creado. Con ojos felices ante las mil formas de la belleza de aquella nueva naturaleza, vi el futuro.²⁴

Stefan Zweig llegó por primera vez al Brasil el 21 de agosto del 1936 y sólo permaneció allí 12 días en los que fue huésped oficial del gobierno brasileño.²⁵ Al llegar, el presidente de la Academia Brasileña de Letras lo esperaba en el puerto. Sus conferencias en la Academia y en los sitios de más renombre de la intelectualidad conservadora tuvieron gran repercusión. Frecuentó también el Instituto Brasileño de Historia y Geografía (IHGB), garante de la historiografía oficial. El 25 de agosto de 1936 fue recibido en el palacio presidencial por Getulio Vargas, del cual hizo el elogio a la salida del encuentro. Ofreció también una conferencia promovida por el Centro Israelita Brasileño; el editor Abraham Koogman desempeñó un papel importante en la organización de su estadía y, como ya señalamos, la exclusividad de los derechos de publicación de las obras del escritor austriaco data de ese mismo año. Es probable que en esa época haya iniciado las negociaciones con el gobierno de Vargas en relación a la publicación de **Brasil, país del futuro** a cambio de una visa permanente ya que, poco después de su regreso a Europa, distintos diarios europeos

y norteamericanos publicaron el ensayo **Pequeño viaje a Brasil** (entre el 17/10/1936 y el 8/11/36). Ese breve texto incluía las observaciones consignadas en su diario y las propuestas fundamentales del libro publicado en 1941.²⁶ La presencia más fuerte del fascismo en la Argentina quizás influyó en su elección del Brasil como refugio en América del Sur. En una carta de septiembre de 1936 a su mujer Friderike, señalaba su malestar ante el congreso organizado por el PEN Club en Buenos Aires:

El congreso está puntuado de choques entre fascistas y los demás, luego cae de nuevo en un mortal aburrimiento —;todo está traducido en tres idiomas! No hablé ni una vez, rechacé presidir, no estoy bueno produciéndome en público (...) Una foto de formato gigante me representa llorando durante el discurso de Ludwig. Sí, es lo que se podría leer en enormes caracteres! En realidad estaba tan asqueado cuando se nos presentó como mártires que había ocultado la cabeza entre las manos para que no me fotografieran, y fue justamente eso lo que tomaron, luego inventaron una leyenda adecuada.²⁷

El Brasil de 1936 había experimentado los conflictos ideológicos que marcaban el panorama europeo: en noviembre de 1935, el sublevamiento de la Alianza Nacional de Liberación (ANL), con fuerte participación de los comunistas en Río de Janeiro, Recife y Natal en el Nordeste, fue sofocado por el ejército. Los integralistas, versión local del fascismo, se organizaban en todo el país, pero en ese momento apoyaban al presidente Vargas (trataron de derrocarlo sin éxito en 1938). La revolución de 1930 se había institucionalizado gracias a una Asamblea Constituyente libremente electa, que dotó al país de un nuevo título legal en 1934. Debidamente elegido tras la votación de la constitución de 1934, la autoridad de Getulio Vargas ya no dependía del exclusivo control del ejército y de la policía, aunque la cláusula de uso de las facultades de «estado de guerra» fue utilizada constantemente después de la sublevación de 1935. Por otra parte, la dificultad de los intercambios económicos con Europa y los Estados Unidos, tras la crisis de 1929, trajo aparejado un cierto crecimiento económico promovido por la industrialización vinculada a la sustitución de importaciones. El fuerte crecimiento urbano de ese período no estuvo vinculado al desempleo masivo, como en Estados Unidos y en Europa, sino a la expansión del mercado de trabajo industrial que ofrecía oportunidades económicas y sociales a los obreros, más ventajosas que las que tenían los campesinos. De esa forma, el primer viaje se realizó en el momento en que el Brasil estaba pasando a ser de un país exportador de productos agrícolas (café, azúcar, cacao, caucho) a un país industrializado, de un país rural a un país urbanizado; se trataba de un momento particularmente favorable. Los servicios públicos se estaban expandiendo considerablemente: tal los casos del sistema educativo federal, de la promoción de servicios de salud en el conjunto del territorio, y de la creación de una infraestructura de transporte. El Estado nacional conoció en esa época una centralización del sistema de deci-

²³ *Ídem*, pp. 500-501.

²⁴ *Ídem*, pp. 501-502.

²⁵ Alberto Dines, **Morte no Paraíso**, Rio de Janeiro, Rocco, 2004, p. 19.

²⁶ *Ídem*, p. 75, n. 114.

²⁷ Klemens Renolder, Hildemar Holl y Peter Karlhuber, **Stefan Zweig: instants d'une vie**, *op.cit.* p. 155.

siones y una reorganización sin precedentes de sus modos operativos. El establecimiento de Facultades de filosofía, ciencias y letras permitió la construcción de verdaderas universidades como la de San Pablo en 1934 y la de Río de Janeiro en 1935. Eran instituciones que ofrecían una base firme para la instalación de un mercado cultural, permitiendo en primer lugar una mayor autonomía de las editoriales en relación con las librerías de las metrópolis. Contribuían, además, a la formación de productores y de un público de teatro y radio, de la industria del disco y, más tarde, del cine y la televisión. El futuro colectivo e individual conocía otros horizontes; la profecía de Stefan Zweig, como la de tantos otros, señalaba un futuro que estaba objetivamente inscripto en las tendencias de la época. Pero en su caso, su fama de hombre de letras cosmopolita resultaba especialmente apta en el reconocimiento y la sanción del Brasil como una colectividad dotada de un proyecto de sociedad con los atributos necesarios para ser reconocida como «civilizada». En un mundo en guerra, frente a la ambición nazi de extender su control a América del Sur, esa predicción tenía aún más valor para los gobernantes.

III. Crónica de un suicidio anunciado

Aún antes de la declaración de guerra, la anexión de Austria por parte de Alemania en marzo de 1938 impulsó a Zweig a adoptar la decisión de cambiar de nacionalidad; en octubre del mismo año, pidió la nacionalidad británica. Sus libros fueron quemados en Salzburgo; el vínculo amoroso con su nueva secretaria, Charlotte Altman, originó su divorcio con Friderike, aunque continuaron su correspondencia. En 1939, año del comienzo de las hostilidades en Europa, se casó con Altman, quien se mató el mismo 23 de febrero de 1942. La guerra marca para él la señal mayor de que el mundo que había contribuido a constituir se había derrumbado definitivamente; sus memorias finalizan deliberadamente el 3 de septiembre de 1939, fecha de la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania. Esa lucidez progresiva de la significación del exilio está muy claramente tratada en sus memorias. El intelectual libre de todos los lazos y las raíces terminaba conociendo las limitaciones de todo exiliado, de todo inmigrante:

La caída de Austria produjo en mi vida privada un cambio que en un principio consideré del todo insignificante y puramente formal: perdí mi pasaporte austríaco y tuve que pedir a las autoridades británicas un documento sustitutivo, un pasaporte de apátrida. En mis sueños cosmopolitas me había imaginado a menudo en mi fuero interno cuán espléndido y conforme a mis sentimientos sería vivir sin estado, no estar obligado a ningún país y, por lo tanto, pertenecer a todos sin distinción. Pero una vez más tuve que reconocer cuán imperfecta es la fantasía humana y hasta qué punto no comprendemos las sensaciones más importantes hasta que no las hemos vivido nosotros mismos.²⁸

Todos los que acusan a la sociología del arte de reduccionismo, de introducir artificialmente el análisis de las restricciones sociales en el examen de las obras de arte –sobre todo en las obras de ficción– para comprender mejor el abanico de sus múltiples significados, deberían meditar sobre este testimonio de Stefan Zweig. En todo caso, una vez declarada la guerra, aún la naturalización del nuevo matrimonio Zweig no lo protegía de las preocupaciones impuestas a todos ellos que han nacido en el suelo de los enemigos de Gran Bretaña. En junio de 1940, obtuvo una visa de seis meses en el Brasil adonde fue más tarde pasando por los Estados Unidos. Llegó allí el 21 de agosto de 1940 y partió cinco meses más tarde, el 21 de enero de 1941. Durante esa estancia, viajó a la Argentina y al Uruguay, oportunidad que le permitió obtener una visa permanente para Brasil. Fue en ese viaje que tomó las notas y formuló las observaciones abordadas en **Brasil, país del futuro**. A su regreso, visitó Belem en el Amazonas e hizo un viaje a los Estados Unidos, antes de regresar a Londres. Gracias a la calidad de las bibliotecas y librerías de Nueva York, la redacción de **Brasil, país del futuro** concluyó en suelo norteamericano. Para el matrimonio Zweig, el país sudamericano se presentaba también como el país de la última oportunidad:

Fui a mi habitación y coloqué mis cosas en una maleta. Si se confirmaba lo que había predicho un amigo que ocupaba un cargo importante, en Inglaterra a los austríacos nos contarían entre los alemanes y cabía esperar que nos impusieran las mismas restricciones; quizás aquella misma noche ya no me dejarían dormir en mi cama. Había bajado un escalón más: desde hacía una hora ya no era sólo un extranjero en aquel país, sino también el enemigo, un extranjero enemigo, exiliado por la fuerza en un lugar donde no se hallaba su corazón palpitante. ¿Se podía imaginar una situación más absurda para un hombre expulsado hacia tiempo de una Alemania que lo había estigmatizado como antialemán a causa de su raza y de su modo de pensar, que la de encontrarse en otro país donde, por un decreto burocrático, le imponen una comunidad de la cual, como austríaco, nunca ha formado parte?²⁹

En agosto de 1941, el matrimonio Zweig llegó a Río de Janeiro para instalarse por un período más largo. Alquiló a tal efecto una casa en Petrópolis hasta abril de 1942; esa ciudad, en el siglo XIX, había acogido la residencia de verano del Emperador del Brasil que pertenecía por su madre al linaje de los Habsburgo. Será su última morada; allí concluyó sus memorias en noviembre de 1941, donde el desamparo frente a la evolución de Europa resulta evidente:

Cualquier otro vínculo, todo lo anterior y pasado, se había roto y destruido, y yo sabía que, después de esta guerra, todo debería volver a empezar de nuevo, pues la misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Europa, había fracasado. Aquello que yo temía más que a la propia muerte, la guerra de todos contra todos, se había desencadenado por

²⁸ Stefan Zweig, **El mundo de ayer**, *op.cit.*, p. 512.

²⁹ *Ídem*, p. 544.

segunda vez (...) Y sabía que una vez más todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido: Europa, nuestra patria, por la que habíamos vivido, sería devastada más allá de nuestras propias vidas.³⁰

Esa misma sensación, explícita en sus memorias, de agotamiento físico y mental en los esfuerzos de reconstrucción de su vida individual, incluso después de finalizada la guerra, se expresa en la Declaración del 22 de febrero de 1942, donde trata de explicar su suicidio. En diciembre de 1941, justo después del ataque japonés contra Pearl Harbour, los Estados Unidos entraron en guerra, pero aún en 1942, el avance de los países del Eje constituía la característica predominante de la evolución de los combates. Al mismo tiempo que concluía su autobiografía, Stefan Zweig elaboró un cuento —«El jugador de ajedrez»— que mostraba de qué forma un rústico descendiente de campesinos de Europa central podía vencer a todos sus rivales mucho más cultos que él mediante la simple aplicación de su inteligencia en una modalidad única del juego social. Quizás sea la única metáfora que lograría forjar para explicar la ascensión meteórica de Adolf Hitler, así como la radical impotencia de los intelectuales para cerrarle el camino. En el momento del carnaval —del 15 al 17 de febrero de 1942— regresó a Río acompañado por Lotte Altman para alojarse en un barrio tranquilo en lo de su editor Abrahao Koogman. Volverán a Petrópolis a toda prisa, después de que Zweig leyera en los periódicos del 17 de marzo noticias que fueron percibidas como una señal de que los males de la guerra estaban llegando también a Brasil. Zweig entregó al editor sobres que debía abrir más adelante: contenían los manuscritos del cuento para enviar a los editores extranjeros y sus disposiciones testamentarias. La pareja regresó a Petrópolis sin que nadie supiera que la decisión del fin último estaba tomada. A pesar de sus instrucciones relativas a un entierro en el cementerio judío de Río de Janeiro, las deliberaciones entre la burocracia de Vargas, su editor, y los líderes de las asociaciones judías, desembocaron en la imposición de funerales nacionales en Petrópolis. Quien había predicho un destino de primer nivel para el Brasil quedaba así incorporado al panteón nacional. La violencia infligida a la vitrina de la librería quizá sólo sea la reproducción del acto colectivo del rito de iniciación, en el sentido de Van Gennep, en que los representantes de la Nación, de los cuerpos intermedios o de simples empresas comerciales se han apoderado de los cuerpos de los individuos para convertirlos en símbolos.

Los malentendidos sobre ese honor, que contrariaba explícitamente el deseo del difunto, muestran la complejidad de los equilibrios de fuerza inscriptos en los equilibrios de sentido, y prefiguraban debates futuros bajo forma de ensayos, reportajes, obras de teatro, películas o de sencillos análisis sociológicos. ¿Víctimas del autoritarismo, homogeneizando los regímenes europeos y brasileños de la época? ¿Imágenes de mártires del antisemitismo como prefiguraba el episodio argentino? ¿Incomprensión de todo libre pensador, como la persecución de Sócrates? ¿Acontecimiento que podría no haber sucedido nunca si el con-

junto de las circunstancias que lo hicieron inevitable no se hubieran presentado de manera tan adversa? Imposible sostener una única alternativa.

Hay que señalar, sin embargo, que Stefan Zweig fue generoso con sus anfitriones y respetuoso de todos los acuerdos públicos. Un pequeño texto titulado «Declaração» —de uso habitual en el Brasil como protocolo que antecede una toma pública de la palabra, aunque en este caso redactado totalmente en alemán— deja ver su preocupación porque su suicidio pudiera ser interpretado como un rechazo de la tierra que lo había acogido, o incluso como una señal de que su libro no era más que un conjunto de fórmulas de circunstancia o carentes de sinceridad. Zweig manifiesta allí que se sintió muy bien recibido, y se muestra esperanzado respecto al destino del Brasil, al punto de señalar que, si hubiera tenido que reconstruir completamente su vida, lo elegiría como lugar de residencia. Sólo que una decisión de esa índole hubiera comportado exigencias que no podía asumir por falta de fuerzas. esa decisión. Una vez más, creo que reafirmaba que se contaba entre los artesanos de **El Mundo de Ayer**, aunque muy decepcionado por las vías de su evolución o de su derrumbe. Sus escritos, sin embargo, constituyen testimonios o huellas que permiten a las nuevas generaciones descubrir las trampas que enfrentó durante su vida e incluso después de su muerte. ¿Acaso no tomó la precaución de enviar a los editores de varios países su último manuscrito y de consignar por escrito el destino de toda su obra?

En fin, ¿el inusitado fin de su vida no reforzó la necesidad de leer sus textos para entender su mundo —vivido o imaginado a partir de sus vivencias—, ese universo diferente del que enfrentan sus lectores en la vida cotidiana, un mundo habitado por configuraciones reconstruidas por arqueólogos, el *Mundo de Ayer*? ¿No nos lleva a aguzar formas de pensamiento que permitan comprender la trama de relaciones entre literatura y situación social en que cada texto adquiere existencia objetiva?

Espero por mi parte haber contribuido por lo menos a mostrar que los problemas propuestos por Víctor Karady acerca de los vínculos entre la intelectualidad judía, la génesis de naciones de Europa Central, y el antisemitismo, son llaves valiosas para tratar de entender la génesis de las profecías sobre el futuro nacional del otro lado del Atlántico, en América del Sur. Espero, además, haber respetado las reglas de su conducta como sociólogo: la universalidad de una problemática, o de un modelo de explicación, no se decreta a partir de una autoridad institucional —por importante que sea su notoriedad y prestigio—, sino que se demuestra mediante un análisis empírico que somete la teoría a la prueba de los procesos que debe permitir comprender.

[Traducido por Pablo Tiscornia.

Revisión técnica de Laura Fernández Cordero y Martín Bergel]

³⁰ *Ídem*, p. 545-546.